

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE TRADUCCIÓN Y DOCUMENTACIÓN

GRADO EN TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

Trabajo de Fin de Grado

EL TRADUCTOR ENTRE EL CENTENO

Análisis y Propuesta de Traducción de

El Guardián entre el Centeno

Daniel Fernández García

Ángela Flores García

Salamanca 2016

Índice

Introducción	2
El Autor	3
El Protagonista	4
El Guardián entre el Centeno en Estados Unidos	6
El Guardián entre el Centeno en España	8
La Traducción Española	9
Propuesta de Traducción	14
Conclusión	28
Referencias Bibliográficas	29
Anexos	31
• Texto original	32
• Traducción de Carmen Criado	47

Introducción

La idea para realizar este trabajo surge de mi propia experiencia como lector de la obra de J. D. Salinger. El libro llegó a mis manos por primera vez en mi temprana adolescencia, cuando mi pasión por la lectura se encontraba casi extinta tras muchos años de leer obras más contemporáneas sin demasiado interés. He de decir que empecé el libro por aburrimiento, pero a las pocas páginas estaba enganchado de tal forma, que lo terminé en una sola tarde.

Lo que me mantuvo esa tarde pegado al libro fue su protagonista y su controvertida visión del mundo que le rodea, algo con lo que me identifiqué al instante. No obstante, me topé con varios fragmentos de la narración que me sacaban constantemente de la historia, como si hubiera algún tipo de disonancia entre lo que el autor quería decir y lo que aparecía escrito en las páginas.

A pesar de esos fragmentos que me sacaban de la narración, seguí leyendo, porque la historia me tenía realmente atrapado. No obstante, me di cuenta de que esto podría suponer un problema para algunos lectores cuando recomendé el libro a mis amigos. Ninguno de ellos lo terminó, recuerdo oír quejas del tipo «está escrito muy raro» o «me cuesta seguir el hilo» provenientes de personas que acostumbraban a leer bastante más que yo.

Por aquel entonces no le di importancia, no tuve en cuenta en ningún momento la variable del traductor. No obstante, al iniciar mis estudios de traducción e interpretación aprendí que las traducciones no son siempre perfectas, así que me propuse releer aquella obra tan querida de mi adolescencia, esta vez en su versión original, con el propósito de encontrar las diferencias entre la obra original y su versión traducida.

A lo largo de este trabajo analizaremos el contexto en el que la obra fue creada, a su autor y a su protagonista, así como el impacto que tiene tanto en su país de origen — Estados Unidos— como en España. Una vez comprendida la importancia de esta obra y sus peculiaridades, analizaremos la traducción al español para descubrir y explicar qué es lo que falla y aplicando lo aprendido llevaré a cabo mi propia traducción de los primeros dos capítulos manteniendo el tono y el estilo que caracterizan a esta novela,

adaptándola al público español y al mismo tiempo contando la historia de la misma forma en la que lo hace su autor.

El Autor

Jerome David Salinger (1919—2010) nació en el seno de una familia acomodada de ascendencia centroeuropea y pasó su infancia y adolescencia en Nueva York. A los veintidós años y debido a sus malos resultados académicos fue enviado a la Academia Militar Valley Forge de Pensilvania, donde consiguió graduarse. Su etapa universitaria fue también bastante errática, cursó un semestre de estudios superiores en la Universidad de Nueva York, viajó por Europa para aprender idiomas y a la vuelta comenzó un curso de escritura de la Universidad de Columbia tras otro intento fallido de estudiar en el *Ursinus College* de Pensilvania.

Comenzó a escribir relatos que tras varios intentos comenzaron a ser publicados en algunas revistas. No obstante, el autor no alcanzó su éxito literario hasta después de haber servido en la guerra mundial tanto en el servicio de contraespionaje militar como en el frente. Poco tiempo después de publicar *El Guardián entre el Centeno*, comenzó a gozar de éxito y reconocimiento, tanto por parte de su público como de la crítica. Muchos otros en su lugar se habrían dejado llevar por la fama, no obstante Salinger renegó de ella y siguió escribiendo lejos del ojo público. Publicó su último libro en el año 1963, concedió su última entrevista en 1980 y durante mucho tiempo luchó para frustrar la publicación de biografías no autorizadas sobre su persona.

Obra y temas

La obra de Salinger está compuesta por *El Guardián entre el Centeno* (1951), *Franny y Zooey* (1961) y *Levantad, carpinteros, la viga del tejado y Seymour: una introducción* (1963) y *Nueve Cuentos* (1953), una recopilación de sus relatos.

El elemento común a estas obras es su temática, pues todas ellas tratan sobre la pérdida de la inocencia infantil, la superficialidad de los adultos, la búsqueda desesperada de la amistad y el amor incondicional en el contexto de la alienación y la

absurdez de la sociedad moderna; además de la búsqueda de la iluminación espiritual en un mundo insulso y materialista.

El Protagonista, Holden Caulfield.

La literatura estadounidense está plagada de personajes memorables. El Capitán Ahab,¹ Robert Jordan², Jay Gatsby³... todos ellos y muchos más se han convertido en iconos y referentes a la hora de crear personajes similares en obras posteriores. Holden Caulfield no es una excepción, pero sí un caso atípico. Cuando comenzamos a leer *El Guardián entre el Centeno* no nos encontramos con un hombre ejemplar, un héroe o ni tan siquiera una persona digna de admiración, aunque con el tiempo sus reflexiones han ayudado a muchos jóvenes —entre los cuales me incluyo— a sentirse identificados de alguna forma con él.

Holden Caulfield es un joven confuso y atormentado que no encuentra su lugar en el mundo y le aterra profundamente dejar de un lado la infancia y entrar a formar parte del mundo de los adultos. Durante la novela, somos testigos de sus rabietas y su constante crítica hacia todo lo que le rodea. Es difícil establecer un paralelismo entre Caulfield y otros personajes, pero tal y como escribe Timothy Aubry en su artículo *The Catcher in the Rye: The Voice of Alienation* tal vez al personaje que más se asemeje sea Huckleberry Finn del clásico de Mark Twain, *Las Aventuras de Huckleberry Finn*.

Like Huck, Holden is both precocious and naïve, a worldly trickster quick to lie to protect himself, but preternaturally sensitive and thus horrified by the cruelty and decadence that he witnesses. Both characters pursue an enclave of freedom and innocence and both resist the efforts of adults to educate and mold them in accordance with prevailing standards of conduct. They assert their own relatively untarnished status through a vernacular style that does not conform to standard English. In moments, Salinger seems to explicitly acknowledge Twain's influence, as a juxtaposition of two short passages demonstrates. Huck: "Then I set down in a chair by the window and tried to think of something cheerful, but it warn't no use. I felt so lonesome I most wished I was dead." Holden: "All I did was, I got up and went over and looked out the window. I

¹ Capitán del Pequod, navío en el que se desarrolla gran parte de *Moby Dick*, novela de Herman Melville.

² Soldado estadounidense enviado a España durante la Guerra Civil para luchar contra el fascismo en *Por Quién Doblan las Campanas*, novela de Ernest Hemingway

³ Joven y millonario protagonista de *El Gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald

felt so lonesome, all of a sudden. I almost wished I was dead.” Both boys are motivated to consider suicide by a feeling of intense loneliness. This suggests that Huck and Holden not only wish to escape the constricting, corrupting influence of civilization as they perceive it, but also to discover some unprecedented form of community or intimacy that the prevailing social order has denied them.⁴ (Aubry, sin fecha)

Gracias a la comparación de ambos fragmentos elegidos por Aubry podemos darnos cuenta de que tanto el personaje creado por Salinger como el de Twain, aunque se encuentran en épocas distantes en el tiempo, comparten esa visión de la sociedad que la sitúa como principal fuente de toda corrupción.

Durante los tres días en los cuales transcurre el relato somos testigos del vagabundeo de Holden, cansado de ser expulsado una y otra vez de las escuelas a las que asiste. Encontramos a un personaje que es incapaz de admirar a otros, aunque sí aprecia a algunos de los personajes adultos con los que se encuentra. Un ejemplo de esto lo hallamos en su encuentro con el profesor Spencer, la única persona de la que realmente se despide antes de tener que dejar Pencey. En contraposición con sus otras interacciones, Caulfield se muestra respetuoso, dejando al lado su impertinencia.

Gran parte de la psicología de Holden puede entenderse gracias a su palabra favorita «*phony*»⁵. Si miramos a través de los ojos del joven podemos observar cómo para él, el mundo de los adultos está lleno de hipocresía y falsedad. Él busca algo puro, algo sencillo y transparente que se muestre tal y como es. Esa pureza que anhela se encuentra en la infancia, etapa que inevitablemente acabará abandonando.

⁴ Al igual que Huck, Holden es precoz e ingenuo, un bromista de mundo que no duda en mentir para protegerse a sí mismo, pero preternaturalmente sensible y por lo tanto horrorizado por la crueldad y la decadencia que presencia. Ambos personajes buscan un enclave de libertad e inocencia y los dos resisten los intentos de los adultos de educarlos y moldearlos acordes a los estándares de conducta establecidos. Reivindican su propio estatus relativamente impoluto utilizando un estilo coloquial que se aleja bastante del inglés estándar. En ciertos momentos, Salinger parece evidenciar explícitamente a influencia de Twain, tal y como demuestra la yuxtaposición de estos fragmentos. Huck: «Me senté en una silla junto a la ventana e intenté pensar en algo alegre, pero un hubo manera. Me sentía tan solo que casi deseaba estar muerto.» Holden: «Lo que hice fue, levantarme y acercarme a mirar por la ventana. Me sentía tan solo, así de repente. Casi deseaba estar muerto.» Ambos muchachos parecen estar dispuestos a considerar el suicidio como respuesta a ese sentimiento de intensa soledad. Esto demuestra no solo que Huck y Holden anhelan escapar de la constringente y corrompedora influencia de la civilización tal y como la perciben, sino también su deseo de descubrir una inaudita forma de comunidad o intimidad que les ha sido denegada por el orden establecido.

⁵ Adjetivo propio del inglés de Estados Unidos que se utiliza para designar a una persona falsa o hipócrita.

El Guardián entre el Centeno en Estados Unidos.

La polémica novela fue publicada tal y como la conocemos hoy en el año 1951. A lo largo de los años se ha convertido en una obra de culto y a día de hoy ha superado las 65 millones de copias vendidas en todo el mundo. *El Guardián entre el Centeno* es uno de los trabajos más notables de la posguerra y uno de los estandartes indudables de la generación beat, un movimiento literario que despertó opiniones dispares. A raíz de la buena aceptación que tuvo *En la Carretera* de Jack Kerouac por parte del *New York Times* —afamado periódico americano de ideología conservadora—, el escritor Norman Podhoretz arremetió contra los integrantes de este movimiento, refiriéndose a ellos como «pobres de espíritu y desalmados» en su ensayo titulado «*The Know—Nothing Bohemians*» (Podhoretz. 1958).

Puede que Podhoretz tuviera su parte de razón, y en comparación con los modernistas, esta nueva generación de jóvenes escritores pudiesen parecer unos «bohemos incultos». No obstante, las obras de la generación beat fueron justo lo que necesitaba una gran parte de la sociedad estadounidense. Las voces de esta generación hablaban de inconformismo, de rebelión, de libertad sexual y del consumo de drogas, sentando así las bases de lo que veinte años después se consolidaría como el movimiento *hippie*. Fueron novelas como *El Guardián entre el Centeno* las que dieron voz a todos aquellos que no conseguían hacerse escuchar, a los marginados, a los inconformistas y a los jóvenes rebeldes.

La primera novela de Salinger alcanzó el estatus de *best-seller* en el *New York Times* tan solo dos semanas tras su publicación. La crítica no parecía ponerse de acuerdo, por una parte estaban los que la alababan como una de las obras más notables de su generación y por el otro lado estaban los más conservadores, que calificaban la novela de simple y soez. Con la fama llegó la censura, actualmente y según la revista *TIME*, se trata de uno de los libros más censurados de la historia de la literatura moderna. La novela fue retirada de las estanterías de las librerías de multitud de colegios e institutos en Estados Unidos, incluso hoy en día sigue incluida en la lista de libros más comúnmente censurados de Estados Unidos —una base de datos elaborada a partir de la información recogida por la OIF (Oficina de Libertad Intelectual) de la

Asociación Americana de Bibliotecas (ALA)—, mientras que en otros centros se convertía en lectura obligatoria y objeto de estudio para los alumnos.

El recorrido de *El Guardián entre el Centeno* ha estado siempre marcado por la controversia. Sin embargo uno de los golpes más duros a su ya dudosa reputación lo recibió cuando en diciembre de 1980 Mark Chapman asesinó a John Lennon. El asesino era un fanático de la obra de Salinger, pues creía que él debía convertirse en el guardián entre el centeno⁶ e incluso llegó a afirmar que Holden Caulfield, el protagonista de la novela, habría matado a John Lennon por ser un «falso y un vendido⁷». Tras dichas declaraciones, los medios más conservadores se convirtieron en fervientes detractores de la novela, llegando incluso a calificarla de satánica.

En definitiva, *El Guardián entre el Centeno* no deja a nadie indiferente, al menos en su país de origen. A continuación y a modo de conclusión de este apartado cito las palabras con las que Timothy Aubry concluye su artículo «*The Catcher in the Rye: The Voice of Alienation*».

For many youths, reading *The Catcher in the Rye* functioned in the 1950s as a badge of self—declared authenticity, and some critics hold that it helped to foster forms of disaffection central to the counter—cultural movement of the 1960s. Its power to provoke identification and compassion among readers even now testifies to the persistence of social pressures and expectations that make adolescence an especially bewildering and painful time. For those who read his novel at the right moment, Salinger’s not inconsequential gift is to render this difficult period of life at least slightly more bearable.⁸ (Aubry, sin fecha.)

⁶ En el fragmento del libro que da título a la novela, Holden explica a su hermana pequeña cómo lo único que quería hacer en su vida era convertirse en un guardián en un campo de centeno lleno de niños que corren ciegamente al borde de un acantilado. Una de las interpretaciones más comunes es que el acantilado simboliza la adultez mientras que el campo de centeno es la niñez y la labor del guardián sería la de impedir que los niños cayesen por ese acantilado.

⁷ *Phony* en inglés, insulto con el que Holden se refiere a la mayoría de personas adultas que critica a lo largo de su aventura.

⁸ «Para mucho jóvenes, leer *El Guardián entre el Centeno* en los años cincuenta servía como medalla de autoproclamada autenticidad, y algunos críticos defienden que ayudó a fomentar ciertas formas de distanciamiento claves para el movimiento contracultural de los años sesenta. Su capacidad para crear en los lectores un sentimiento de compasión y hacer que se sientan identificados con el personaje es testimonio de cómo la persistencia de las presiones sociales y las expectativas hacen de la adolescencia una etapa desconcertante y dolorosa, puesto que el regalo del autor para aquellos que leen su novela en el momento justo es hacer esta etapa de la vida un poco más llevadera.»

El Guardián entre el Centeno en España.

El Guardián entre el Centeno ha sido traducido a las cuatro lenguas oficiales del país —castellano, gallego, euskera y catalán— y ha gozado de una buena acogida por parte del público español tanto en ventas como respecto a la crítica. Su éxito en España ha sido bastante notorio —al fin y al cabo es un clásico de la literatura moderna tal y como he dicho en el anterior punto— y las constantes reediciones dan fe de ello. No obstante, no podemos equiparar la importancia que tiene la obra en tierras españolas con la que tiene en su país de origen, donde se ha convertido en un símbolo con el paso de los años, una obra de culto.

Es relativamente sencillo entender por qué en España no ha llegado a dicho estatus. Para empezar cabe señalar que la obra tardó en publicarse veintisiete años y la sociedad había ido evolucionando, dejando atrás las memorias de la Guerra Mundial y metiéndose de lleno la segunda mitad del siglo XX. Esto conllevó un cambio de mentalidad. Muchos de los movimientos inspirados por la generación beat —como por ejemplo el movimiento hippie— ya se encontraban en pleno apogeo en Estados Unidos. Con esto me refiero a que es más difícil para un lector español empatizar con *Holden Caulfield* y su forma de ver una sociedad que les resulta totalmente ajena.

Tal vez con otras obras no sea tan importante sentir esa conexión casi sináptica con el personaje, pero en el caso de *El Guardián entre el Centeno* es un factor clave a la hora de apreciar la historia que se nos presenta. Se trata de una obra introspectiva, en la que el verdadero viaje se desarrolla en la mente del protagonista mientras exploramos su moralidad y sus ideas, de ahí que su narrativa esté elaborada de tal manera que invita al lector a mirar a través de los ojos de Holden durante los tres días en los que sucede la narración.

En la introducción comentaba desde mi experiencia personal como la mayoría de las personas españolas que conozco que lo han leído o no han conseguido terminarlo o no les ha gustado. En parte puede que se deba a lo que explico en los dos párrafos anteriores, aunque la mayoría de las críticas que he escuchado y leído durante la elaboración de este trabajo lo achacan a la traducción española del libro.

La primera traducción al español no fue publicada en España sino en Argentina. En 1961 la Compañía General Fabril Editora publicó esta obra bajo el título de *El Cazador Oculito*, que el propio Salinger criticaría años más tarde, negándose a que se publicase bajo otro nombre que no fuera la traducción más literal que todos conocemos, *El Guardián entre el Centeno*.

La Traducción Española.

Antes de empezar a analizar esta traducción veamos un fragmento. Se trata de las primeras líneas del libro y gracias a ellas podremos ver algunos aspectos claves que hacen de esta traducción una obra bastante criticable.

Si de verdad les interesa lo que voy a contarles, lo primero que querrán saber es dónde nació, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y demás puñetas estilo David Copperfield, pero no tengo ganas de contarles nada de eso. Primero porque es una lata, y, segundo, porque a mis padres les daría un ataque si yo me pusiera aquí a hablarles de su vida privada. Para esas cosas son muy especiales, sobre todo mi padre. Son buena gente, no digo que no, pero a quisquillosos no hay quien les gane. Además, no crean que voy a contarles mi autobiografía con pelos y señales. (Criado, 1978)

Lo primero que salta a la vista —sin duda uno de los elementos más criticables de la versión española de este libro— es la forma de dirigirse al lector. Cuando se traduce una obra del inglés siempre resulta complejo decidir si el «you» inglés va a convertirse en una segunda persona del singular o en una segunda persona del plural, o incluso si cabría utilizar una forma de tratamiento más formal como «usted» o «ustedes».

En la primera fase podemos apreciar que el narrador —Holden Caulfield— se refiere al receptor de su mensaje en segunda persona del plural y además lo trata de ustedes. Esto implica una serie de cosas que definen la relación entre ambos interlocutores. La utilización de esta forma de tratamiento marca progresivamente la distancia entre protagonista y lector, que puede funcionar —y de hecho lo hace— en multitud de obras literarias.

No obstante, en este caso en particular y dado el carácter del libro, la decisión de traducirlo de esta manera acaba modificando el mensaje, dejándonos fuera y limitando nuestra involucración en la historia. Analicemos por un instante la peculiar forma en la que se cuenta el relato. Cabría cuestionar la necesidad de un destinatario, pues aparentemente la obra podría valerse por sí sola sin necesidad de que el protagonista se dirija a nadie. Es importante destacar que es precisamente la existencia de ese «tú» al que habla directamente Caulfield a lo largo del libro la que hace que el relato no se convierta solamente en una reflexión global sobre la sociedad de la época apoyada en los acontecimientos que tuvieron lugar durante los tres días en los que se desarrolla el relato. Holden necesita ese receptor, pues da la impresión de que si ese monólogo ocurriera solo en su mente —casi a modo de soliloquio— el personaje enloquecería. De ahí surge la necesidad de un confesor, un oyente paciente ante el cual el narrador siente la necesidad imperiosa de excusarse y dar explicaciones en varias ocasiones tal y como podemos observar en el siguiente fragmento.

(...) I shake my head quite a lot. “Boy” I said. I also say “Boy!” quite a lot. Partly because I have a lousy vocabulary and partly because I act quite young for my age sometimes. I was sixteen then, and I’m seventeen now, and sometimes I act like I’m about thirteen . (Salinger, 1951)⁹

Este fragmento me parece el mejor ejemplo para ilustrar la necesidad de ese confidente cercano al que habla Holden. Él mismo se da cuenta de que su vocabulario es escaso y repetitivo y se excusa con el lector confesando que es algo inmaduro para la edad que tiene. Desde mi punto de vista, la relación entre el narrador y el lector en esta obra debe cuidarse al máximo a la hora de elaborar una traducción a cualquier idioma.

Una mala traducción puede hacer que estas ocasiones en las que se dirige directamente al lector, acaben por sacarte de esa inmersión que se intenta conseguir durante el resto de la historia. Es de vital importancia para la correcta comprensión de la obra percibir el discurso de Caulfield como una confesión en un tono familiar, con un estilo casi más propio de la lengua oral que de la escrita, en definitiva, el monólogo de un joven que solo intenta desahogarse ante nosotros y al que no podemos responder

⁹ (...)Sacudo la cabeza bastante a menudo. «¡Joder!» dije. También digo «¡Joder!» bastante a menudo. En parte porque tengo un vocabulario muy pobre y también porque me no me comporto como un chaval de mi edad debería. Ahí tenía dieciséis años, ahora tengo diecisiete, y algunas veces me comporto como si tuviera trece.

hasta que él termina. En el caso de la traducción española creo que la decisión no ha sido la adecuada y este aspecto, para mí una de las claves del libro, se ha perdido.

Además de lo comentado anteriormente sobre la relación entre narrador y lector, existen una serie de peculiaridades del lenguaje aprovechadas por el autor que convierten a esta obra aparentemente sencilla en un quebradero de cabeza para los traductores. Michael O'Mara, de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Martir explica cómo funcionan esas estrategias narrativas en su artículo *Translating Colloquial Idioms/Metaphors in The Catcher in the Rye: A Comparison of Metaphorical Meaning Retention in the Spanish and Catalan Text*

Preserving the uniqueness of Holden Caulfield's idiolect has been a challenge for translators seeking to preserve the effect and the flavor of the discourse using the techniques that Salinger originally used, namely, stream of consciousness and dramatic monologue in which, directly and intimately, Holden tells his story in retrospect to the readers. This technique has the effect of reproducing the inner workings and thought processes of Holden —disjointed and random— and also provides dialogs that are remarkably fluid and natural. To represent Holden and his frustrations using the same register in another language is a daunting chore, indeed, especially since Holden attaches his own meanings to the language that he uses.¹⁰ (O'Mara, 2007)

Tal vez uno de los elementos más complicados a la hora de traducir *El Guardián Entre el Centeno* sea el uso de la lengua coloquial y la repetición de ciertas expresiones durante toda la obra. Uno de los casos más notables es el uso de interjecciones que se repiten a lo largo de la narración, es importante ser constante a la hora de traducir estas palabras, pues son las muletillas que utiliza el protagonista y que él mismo achaca a su falta de vocabulario y a su incapacidad para expresarse de forma correcta.

Tomemos el ejemplo de «*boy!*»¹¹, una de las palabras más repetidas del libro, junto con la locución «*and all*»¹². Lo que ambas tienen en común es que se trata de palabras —o

¹⁰ Preservar la autenticidad del idiolecto de Holden Caulfield ha sido un reto para los traductores que buscan preservar el efecto y la esencia del discurso utilizando técnicas que Salinger usó en el texto original, es decir, *stream of consciousness* y monólogo dramático en el que de forma directa e íntima Holden cuenta su historia en retrospectiva a los lectores. Esta técnica consigue reproducir las maquinaciones y procesos mentales de Holden —aleatorios e inconexos— a la vez que proporciona diálogos notablemente fluidos y naturales. Representar a Holden y sus frustraciones usando el mismo registro en otros idiomas es una labor abrumadora, sobre todo debido a que Holden dota de su propio significado al lenguaje que utiliza.

¹¹ Literalmente «¡chico!» en español.

¹² Literalmente «y todo» en español.

locuciones— vacías que carecen de significado real, pero aun así son de vital importancia, pues forman parte de la forma de expresarse del protagonista y hace falta reflejarlo en la traducción. En la versión de Carmen Criado, estas han sido traducidas como «¡jo!» e «y todo eso», no digo que estas no sean traducciones correctas, pero creo que podrían mejorarse para que resulten algo más idiomáticas. Para mi propuesta de traducción, he decidido traducirlas de la siguiente forma:

«*Boy!*»: Esta expresión carece de significado propio, se trata sencillamente de una interjección que indica sorpresa, decepción o enfado. «¡Jo!» resulta idiomática solo como decepción, pues dota de un aire lastimero a la frase, cómo si el personaje se estuviera lamentando todo el rato. Mi propuesta de traducción es «¡joder!», he tenido mis dudas, principalmente porque resulta más soez que la palabra original, pero si tenemos en cuenta que Holden es bastante malhablado me parece que no está fuera de lugar emplearla. Se trata de una interjección muy extendida entre los hablantes del castellano y es tan versátil que puede usarse para expresar tanto sorpresa, como decepción y enfado.

«*And all*»: El uso de esta coetilla está muy extendido en la lengua inglesa, sirve para incluir en una frase un contenido que no se ha mencionado ya sea por desconocimiento del hablante o por simple omisión, dando por sentado que el lector entenderá a lo que se refiere. En este caso la traducción de la versión de Carmen Criado («y todo eso») es correcta, tiene el mismo significado que la expresión inglesa, pero he elegido traducirlo como «y eso» pues su uso es más común en el castellano hablado.

Michael O'Mara tiene razón cuando dice que se trata de una labor abrumadora y en ningún momento en este trabajo se pretende desprestigiar la traducción de Carmen Criado, sobre todo si tenemos en cuenta el contexto histórico en el que fue realizada.

Como cabía esperar, pues, no encontramos en España ninguna traducción al castellano de esta obra hasta bien entrados los setenta, concretamente hasta el año 1978, cuando ya el aparato censor encargado de controlar toda expresión cultural bajo techo español desde la instauración de la dictadura muestra una dureza menor acorde con los cambios experimentados entonces por la sociedad española. (Cristina Gómez Castro, 2007)

Tras la lectura de este fragmento, podría parecer que el contexto histórico no parece razón suficiente para explicar la dudosa calidad de la traducción, no obstante aunque esta se publicase una vez terminada la Dictadura de Francisco Franco en España (1936—1975) y la censura fuese menos estricta aún quedaban ciertos aspectos arbitrarios a tener en cuenta que llevaron a ciertos autores o traductores a modificar o realizar reescrituras (Lefevere, 1992), lo cual puede entenderse como una forma de autocensura.(Gómez Castro, 2007).

Es precisamente esta autocensura (Gómez Castro, 2007) de la que habla Cristina Gómez la que explica por qué la versión española es una obra de mayor calidad literaria que la original. Es comprensible que la autora tomase las decisiones que tomó para asegurarse de la publicación de la primera traducción. No obstante, creo que en 2003, cuando Carmen Criado llevó a cabo la revisión de la traducción, debería haberse hecho una traducción desde cero, pues creo que los cambios realizados en ella no han sido los suficientes como para transformar la reescritura (Lefevere, 1992) en una traducción fiel al tono del original y sobre todo que sea capaz de reproducir fielmente la forma de expresarse de Holden Caulfield.

En el siguiente apartado del trabajo veremos mi propuesta de traducción. Para su elaboración he traducido a partir del texto original y quiero destacar que no se trata de una revisión de la traducción española si no una nueva versión. No obstante, he utilizado la versión de Carmen Criado en algunas ocasiones donde he tenido que tomar decisiones difíciles a la hora de traducir para mantener el tono original de la obra a modo de referencia para comparar mi propuesta con la suya en las notas al pie.

Propuesta de Traducción

Capítulo 1

Si de verdad quieres¹³ escuchar esta historia, lo primero que querrás saber es donde nací, y lo terrible que fue mi infancia, y lo que hacían mis padres antes de tenerme a mí, y toda esa mierda¹⁴ estilo David Copperfield, pero si te soy sincero, no me apetece hablar del tema. Más que nada porque hablar de ese tipo de cosas me aburre, además de que a mis padres les daría un infarto si hablase de su vida privada. Son bastante sensibles con estas cosas, sobretodo mi padre. Son *majos* y eso, no digo que no, pero también son susceptibles de cojones. Además, tampoco es que te vaya a narrar mi maldita autobiografía. Solamente quiero hablarte de las locuras que me pasaron las navidades pasadas, justo antes de que todo se fuera a la mierda y tuviera que venir aquí a tomármelo con calma. Quiero decir, es lo único que le conté a D.B. y eso que él es mi *hermano* y eso. Está en *Hollywood*. No demasiado lejos de este sitio tan horrible, así que suele venir a visitarme casi cada fin de semana. Cuando salga de aquí el próximo mes me llevará a casa en coche. Se acaba de comprar un Jaguar. Uno de esos pequeños cacharros ingleses que alcanzan los 320 kilómetros por hora. Le costó casi cuatro mil pavos. Ahora mismo tiene bastante pasta, no como antes. Cuando vivía en casa era solo un escritor del montón. Escribió un libro cojonudo de relatos, *El Pececillo Secreto*, por si nunca habíais oído hablar de él. El mejor de todos era «El Pececillo Secreto». Iba sobre un niño pequeño que no dejaba que nadie mirase a su pez de colores porque lo había comprado con su propio dinero. Me volvió loco. Ahora D.B. está en Hollywood, prostituyéndose. Lo que más odio en el mundo es el cine. Ni me hables de él.

Me gustaría empezar mi historia con el día en que me fuí de Pencey. Pencey es un instituto que hay en Agerstown, Pensilvania. Seguramente hayas oído hablar de él. O por lo menos habrás visto sus anuncios. Se promocionan en miles de revistas,

¹³ Tal y como comento en el apartado titulado «La traducción española» (pag. 9) he decidido que la mejor forma para dirigirse al lector es la segunda persona del singular por una serie de motivos que quedan explicados en dicho apartado.

¹⁴ En la versión original la palabra utilizada es «crap» que significa «caca», en las versiones traducidas se han optado por palabras menos escatológicas («puñetas» en la versión de 1987 y «gilipollices» en la traducción revisada de 2006) pero he decidido conservar ese matiz en mi traducción.

mostrando a un tío pijo saltando una valla a caballo. Como si lo único que se hiciera en Pencey fuera jugar al polo todo el día. No he visto jamás un caballo por allí. Bajo la foto del tío y el caballo se lee siempre «Desde 1888 convirtiendo a chicos en hombres brillantes y de mente clara». Menuda gilipollez. En Pencey no hacen nada que no se haga también en cualquier escuela. Y nunca conocí a nadie que fuese brillante y de mente clara. Como mucho un par de tíos, y ya estoy exagerando. Pues probablemente ya fueran así cuando *llegaron* a Pencey.

Bueno, era el sábado del partido contra Saxon Hall. Resulta que el partido contra Saxon Hall era un asunto bastante importante en Pencey. Se trataba del último partido del año y se supone que había que pegarse un tiro¹⁵ o algo si Pencey no ganaba. Me acuerdo que eran como las tres de la tarde y yo estaba en el maldito punto más alto de Thomsen Hill, junto a esa pasada de cañón de la Guerra de la Independencia y eso. Desde allí se veía todo el campo y podías observar como los dos equipos no paraban de embestirse los unos a los otros por todo el terreno de juego. No podías ver muy bien la tribuna, pero sí se oía a los de Pencey gritar con sonoridad, porque todo el colegio menos yo estaba allí, y a los de Saxon Hall con sus gritos flojos y amariconados, pues generalmente el equipo visitante no suele llevar con ellos a mucha gente.

No solía haber chicas en los partidos de futbol. Solo a los más mayores se les permitía traer chicas. Era un colegio horrible, lo mires por donde lo mires. Prefiero estar en un sitio donde de vez en cuando puedes ver alguna chica, aunque solo anden rascándose el brazo o sonándose la nariz, o riéndose o algo así. Selma Turner —la hija del director— se pasaba por los partidos bastante a menudo, pero no era exactamente el tipo de chica que desearías con locura. Era bastante maja, eso sí. Me senté junto a ella una vez en el autobús de Agerstown y charlamos un rato. Me gustaba. Tenía la nariz grande y las uñas todas mordidas y sanguinolentas, y llevaba uno de esos sujetadores en punta con relleno que parecía que iban a sacarle un ojo a alguien, inspiraba algo de lástima. Lo que me gustaba de ella era que no andaba todo el rato soltándote mierdas sobre lo buen tío que era su padre. Probablemente supiese que era un farsante y un plasta.

¹⁵ En la versión inglesa dice simplemente «*commit suicide*» que se traduciría literalmente por «suicidarse», pero la expresión en español queda poco idiomática así que la he sustituido por «pegarse un tiro».

La razón por la que me encontraba arriba en Thomsen Hill, en lugar de abajo viendo el partido, era porque acababa de volver de Nueva York con el equipo de esgrima. Vaya día. Habíamos ido a Nueva York aquella mañana a un encuentro de esgrima con la Escuela McBurney. Solo que no hubo encuentro. Me dejé los floretes y el equipamiento y esas cosas en el jodido metro. No fue solo culpa mía. Tenía que estar levantándome constantemente para mirar al mapa, para saber dónde teníamos que bajarnos. Así que volvimos a Pencey sobre las dos y media en lugar de a la hora de la cena. Todo el equipo me hizo el vacío durante la vuelta en tren. En cierta manera fue hasta divertido.

La otra razón por la que no estaba en el partido es que estaba yendo a despedirme de Spencer, mi profesor de historia. Andaba con gripe y probablemente no le vería hasta las vacaciones de Navidad. Me escribió una nota diciendo que quería verme antes de que me fuera a casa. Sabía que no volvería a Pencey.

Se me olvidaba contarte esto. Me han expulsado. Se supone que no tenía que volver después de las vacaciones de Navidad, porque estaba palmando¹⁶ cuatro asignaturas y no estaba lo suficientemente aplicado. Me advertían a menudo que tenía que empezar a aplicarme —sobre todo en época de parciales, cuando mis padres vinieron a reunirse con Thurmer— pero no lo hice. Así que me acabaron expulsando. Expulsan a la gente bastante a menudo en Pencey. Tiene un nivel académico muy alto, Pencey. De verdad.

Bueno, estábamos en diciembre y eso, hacía un frío del carajo, especialmente en la cima de aquella colina. Solo llevaba puesta mi chaqueta reversible, ni guantes ni nada. La semana pasada, alguien me había robado de la habitación mi abrigo de piel de camello, con los guantes forrados de piel metidos en el bolsillo y todo. Pencey estaba lleno de ladrones. Muchos de los chavales provenían de familias ricas, pero aun así estaba lleno de ladrones. Cuanto más caro el colegio, más ladrones hay —no es broma. Bueno, el caso es que seguí allí de pie al lado de ese pedazo de cañón¹⁷, mirando el partido y helándome los huevos. Solo que no le prestaba demasiada atención al partido.

¹⁶ «Flunking» es una palabra inglesa que en lenguaje coloquial quiere decir suspender, así que decidí sustituirla por «palmando» que es una palabra de un registro similar que se utiliza bastante en español.

¹⁷ En el original utiliza «crazy» como adjetivo para describir al cañón de forma que el lector se imagine un cañón de gran tamaño. En mi versión he decidido traducirlo como «ese pedazo de cañón» en lugar de «cañón de locos» que es lo que aparece en la traducción anterior, porque me resulta una expresión muy poco natural que resulta algo confusa.

Me quedé por allí porque andaba intentando sentir algo así como un adiós. A ver, me he ido de varios sitios y colegios sin ni siquiera darme cuenta de que me estaba yendo. Odio eso. No me importa si es un adiós bueno o malo, pero cuando me voy de un sitio me gusta sentir que me estoy yendo. Si no lo haces, es aun peor.

Tuve suerte. De repente me acordé de algo que me ayudaría a darme cuenta de que me estaba pirando de allí. De golpe y porrazo me vino a la mente un momento, allá por octubre, cuando yo y Robert Tichener y Paul Cambell andábamos lanzando un balón de futbol por ahí, frente al edificio académico. Eran buenos tíos, especialmente Tichener. Era casi la hora de cenar y estaba todo bastante oscuro, pero seguimos lanzando la pelota por ahí de todas formas. Siguió oscureciendo más y más, y ya casi no podíamos ver la bola, pero no queríamos dejar de hacer lo que estábamos haciendo. El profesor de biología, el señor Zambesi, sacó la cabeza por una ventana del edificio académico y nos dijo que volviéramos al dormitorio a prepararnos para la cena. Si consigo recordar cosas así puedo obtener esa sensación de despedida cuando lo necesito —al menos la mayoría de las veces. Cuando sentí ese adiós, me di la vuelta y empecé a correr ladera abajo por el lado opuesto de la colina hacia la casa de Spencer. No vivía en el campus. Vivía en la avenida Anthony Wayne.

Corrí hasta la puerta principal, y esperé un momento para recuperar el aliento. No tengo fuelle, si te soy sincero, en parte porque fumo como un carretero —bueno, fumaba. Me obligaron a dejarlo el año pasado. Y además porque crecí dieciséis centímetros el año pasado. Por eso también estuve a punto de coger la tuberculosis y tuve que venir hasta aquí para hacerme unas malditas pruebas y eso. Pero bueno, estoy bastante sano.

Bueno, una vez recuperado el aliento crucé a toda leche la carretera 204. El asfalto estaba resbaladizo de cojones por la helada y casi me caigo. No sé ni porqué estaba corriendo —creo que simplemente me apetecía. Después de cruzar la carretera, sentí algo así como si estuviera desapareciendo. Fue una tarde de locos, hacía un frío de muerte, no se veía el sol ni nada, y te sentías como si fueras a desaparecer cada vez que cruzabas una carretera.

Joder, cómo me apresuré a tocar el timbre cuando llegué a la casa de Spencer. Estaba completamente helado. Me dolían las orejas y apenas podía mover los dedos.

—Venga, venga —dije en voz alta, o casi—. Que alguien abra la puerta.

Por fin abrió la señora Spencer. No tenían criada ni nada, y siempre abrían ellos mismos la puerta. No tenían demasiada pasta.

—¡Holden! —dijo la señora Spencer. ¡Me alegro de verte! ¡Entra cielo! Debes estar congelado.

Creo que se alegró de verme. Le gustaba. O al menos eso creo.

Joder, me metí en esa casa a toda velocidad.

—¿Cómo está señora Spencer? —pregunté—. ¿Cómo está el señor Spencer?

—Deja que te cuelgue el abrigo —me dijo. No me había oído preguntar por el señor Spencer. Estaba algo sorda.

Colgó mi abrigo en el armario de la entrada, y me coloqué el pelo hacia atrás con la mano. Suelo llevar el pelo casi rapado y nunca tengo que peinarlo demasiado.

—¿Cómo le va, señora Spencer? —repetí una vez más, esta vez más alto, para que pudiera oírme.

—Pues bien, como siempre, Holden —cerró la puerta del armario—. Y tú, ¿cómo estás?

Por la forma en la que me lo preguntó, supe de sobra que Spencer le había contado que me habían expulsado.

—Bien, —le respondí—. ¿Cómo está el señor Spencer? ¿Ya está curado?

—¿¡Qué si está curado?! Holden, se está portando como un completo¹⁸... vete tú a saber que... Está en su habitación, cielo. Pasa, pasa.

¹⁸ En el original, la frase de la señora Spencer termina con «like a perfect...». Termina de esta forma porque está a punto de solar un impropio y a juzgar por el resto de la frase vendría a ser algo como «like a perfect idiot», en la versión traducida al español se traduce literalmente, no obstante en español no es muy común decir que alguien es un «perfecto imbécil» por lo tanto he decidido a modificarlo para que suene más natural, como si la frase fuese a terminar con «completo imbécil».

Capítulo 2

Tenían cada uno su propia habitación y eso. Tendrían unos setenta años, o incluso alguno más. Se lo pasaban bomba el uno con el otro —para ser unos viejales, claro. No sé si eso suena mal, pero no lo digo como algo malo. Pensaba bastante en Spencer, y si piensas *tanto* en él, pues acabas preguntándote ¿por qué demonios sigue vivo? Me refiero a que anda todo encorvado y tiene una postura terrible, y en clase, cuando se le cae una tiza en la pizarra, siempre tiene que ir algún tío de la primera fila a recogerse la. Es bastante horrible, o eso creo yo. Pero si piensas en él lo suficiente y no demasiado, llegarás a la conclusión de que el tío no está tan mal para la edad que tiene. Por ejemplo, un domingo que fui con otros tíos a su casa a por un chocolate caliente, nos enseñó una manta navaja hecha polvo que él y la señora Spencer habían comprado a un indio en el Parque Yellowstone. Era bastante evidente que el señor Spencer estaba muy entusiasmado con la compra. Pues a eso me refiero. Alguien como Spencer, más viejo que Matusalén, se lo pasa bomba con cosas como comprar una manta.

La puerta de su cuarto estaba abierta, pero llamé de todas formas, por lo de ser educado y eso. Podía ver donde estaba sentado. Estaba sentado en una gran butaca de cuero, envuelto en esa manta de la que te acabo de hablar. Me miró cuando llamé a la puerta.

—¿Quién es? —gritó —¿Caulfield? Pasa muchacho —. Siempre hablaba a voces fuera de clase. A veces me ponía de los nervios.

Nada más entrar me arrepentí un poco de haber venido. Estaba leyendo el *Atlantic Monthly*, y todo estaba lleno de pastillas y medicamentos, y todo olía como a gotas Vicks para la nariz. Era bastante deprimente. La verdad es que nunca me ha gustado demasiado la gente enferma. Para colmo, Spencer llevaba puesto un albornoz ajado que parecía haber nacido ya con él, y eso hacía la situación aún más deprimente. La verdad es que no me gusta mucho ver a viejos en pijama y albornoz. Siempre se les ve el pecho lleno de bultos. Y las piernas. Las piernas de los viejos, en playas y sitios así, siempre tan blancas y calvas.

—Hola señor—dije—. Recibí su nota. Muchas gracias— Me había escrito una nota diciéndome que me pasara a despedirme antes de las vacaciones, ya que no iba a volver.

—No hacía falta. Hubiera venido a despedirme de todas formas.

—Siéntate ahí muchacho—dijo Spencer. Se refería a la cama.

Me senté en ella.

—¿Cómo está de la gripe?

—Muchacho, si me encontrase algo mejor tendrían que mandar al doctor—dijo el viejo Spencer. Se partió el culo con su propia broma. Empezó a reírse como un loco. Cuando al fin recuperó el aliento me preguntó

—¿Por qué no estás en el partido? ¿No era hoy el día del gran partido?

—Sí, es hoy. Y sí que estuve, pero acabo de volver de Nueva York con el equipo de esgrima—dije. Joder que dura estaba su cama.

Se empezó a poner serio de cojones. Sabía que lo haría.

—Así que no dejas ¿eh?—dijo él.

—Sí señor, supongo que sí.

Empezó a asentir con la cabeza repetidamente. Nunca en tu vida verías a nadie asentir tanto como al señor Spencer. Nunca sabías si lo hacía porque estaba pensando o simplemente porque era un vejete que ya estaba algo pallá¹⁹.

—¿Qué te dijo el Doctor Thurmer, muchacho? Según tengo entendido habéis tenido una pequeña charla.

—Sí, hemos hablado. Hemos hablado bastante. Estuve en su oficina unas dos horas o así.

¹⁹ En la versión original la expresión utilizada es «didn't know his ass from his elbow». En la traducción española aparece traducido como «ya no distinguía el culo de las témporas», el significado es el mismo pero es difícil imaginar a Holden Caulfield utilizando una expresión tan arcaica. Mi primera opción fue cambiar dicha expresión por «era incapaz de distinguir las churras de las merinas» pero aunque esta sea algo más común que la anterior, sigue resultando algo extraño poner esa expresión en boca del protagonista. He decidido utilizar la expresión vulgar «estar algo pallá» con la que se suele hacer referencia a los ancianos en estado senil pues da esa imagen de anciano confundido que quiere mostrar el autor.

—¿Y qué te dijo?

—Bueno... pues habló de que si la vida era un juego y eso. Y que había que jugar según las normas. Fue bastante majo y eso. No se le fue la olla ni nada. Se limitó a seguir hablando sobre que la vida era un juego y eso. Ya sabes, esas cosas.

—La vida *es* un juego, muchacho. La vida es un juego en el que hay que jugar según las normas.

—Sí señor. Ya lo sé. Lo sé de sobra.

Un juego, mis cojones. Menudo juego. Si estás en el lado de los pijos entonces sí que es un juego —eso lo admito. Pero como acabes del *otro* lado, donde no andan los pijos, entonces ¿cómo va a ser un juego? Para nada. No lo es.

—¿Ha escrito ya el Doctor Thurmer a tus padres?—me preguntó Spencer.

—Dijo que les escribiría el lunes.

—¿Y tú? ¿Te has puesto en contacto con ellos?

—No, señor, no me he puesto en contacto con ellos porque probablemente les vea el miércoles por la noche cuando llegue a casa.

—Bueno... se van a enfadar—dije.—se van a enfadar mucho. Ya es la cuarta escuela a la que voy—. Sacudí la cabeza. Sacudo la cabeza bastante a menudo. “¡Joder!” dije. También digo “¡Joder!” bastante a menudo. En parte porque tengo un vocabulario muy pobre y también porque no me comporto como un chaval de mi edad debería. Ahí tenía dieciséis años, ahora tengo diecisiete, y algunas veces me comporto como si tuviera trece. Resulta bastante paradójico porque mido metro ochenta y siete y tengo canas. Te lo juro. Hay un lado de mi cabeza —el derecho— que está todo lleno de canas. Las tengo desde que era un crío. Y aun así hay veces que actúo como si tuviera solo doce años. Todo el mundo lo dice, sobre todo mi padre. En parte es verdad, pero no del *todo*. La gente siempre cree que todo es la *pura* verdad. Me la suda, pero hay veces que me aburro cuando la gente me dice que actúe como alguien de mi edad. Algunas veces actúo como si fuese más maduro de lo que soy —te lo juro— pero la gente nunca se da cuenta. La gente nunca se da cuenta de nada.

Spencer volvió a asentir otra vez. También empezó a hurgarse la nariz. Intentó hacer como si solo estuviera rascándose, pero en realidad estaba metiéndose el pulgar hasta el fondo. Supongo que pensó que tampoco era para tanto si era yo el único que estaba en la habitación. No me molestó, solo que es bastante asqueroso ver como alguien se hurga la nariz.

Luego dijo —Tuve el placer de conocer a tu madre y a tu padre cuando tuvieron su pequeña charla con el Doctor Thurmer hace unas semanas. Grandes personas, tus padres.

—Sí, lo son. Son bastante majos.

Grandes. Una palabra que odio. Apesta a falsedad. Me dan ganas de potar cada vez que la oigo.

Entonces, de repente Spencer pareció tener algo muy bueno, una idea brillante, que contarme. Se incorporó en la silla y se revolvió. Falsa alarma. Lo único que hizo fue coger el *Atlantic Monthly* de su regazo e intentar tirarlo hasta la cama, hacia donde estaba yo sentado. Estuvo a punto, pero falló por unos centímetros. Me levante a recogerlo y lo puse sobre la cama. De repente sentí la necesidad de salir cagando leches de la habitación. Sentía que se acercaba un tremendo sermón. No es que me incomodase demasiado la idea de ser sermoneado, pero oler a gotas Vicks para la nariz y ver a Spencer en pijama y albornoz al mismo tiempo... eso sí que me incomodaba.

Empezó a hablar.

—¿Qué te pasa, muchacho? —dijo Spencer. Se puso más serio de lo normal.

—¿De cuantas asignaturas de has matriculado para esta evaluación?

—Cinco, señor.

—Cinco ¿Y cuantas vas a suspender?

—Cuatro. —Moví un poco el culo en la cama. Era la cama más dura en la que me había sentado jamás.

—He aprobado inglés eso sí —dije—, Porque ya había dado todo eso de Beowulf y Lord Randal Hijo Mío cuando estaba en la Escuela Whooton. O sea, que no tuve que

trabajar mucho para inglés, solamente tuve que escribir alguna redacción de vez en cuando.

No me estaba haciendo ni caso. Apenas lo hacía cuando le decías algo.

—Te suspendí en historia porque no sabías absolutamente nada.

—Ya lo sé, señor. Joder pues claro. Tampoco tenías otra opción.

—Absolutamente nada —repitió. Me pone de los nervios. Cuando la gente repite las cosas de esa forma cuando ya le has dado la razón a la primera. Luego lo dijo una tercera vez.

—Pero absolutamente nada. Me sorprendería si me dijeras que has abierto el libro una sola vez en toda la evaluación. ¿Lo has abierto? Dime la verdad, muchacho.

—Bueno, le eché una hojeada un par de veces—le dije. No quería herir sus sentimientos. Le encantaba la historia.

—Así que le has echado una hojeada ¿eh?— dijo sarcásticamente. —Ahí tienes el, ehm, examen, encima del chifonier, sobre ese montón. Tráelo, haz el favor.

Vaya golpe más bajo, pero me fui a por él y se lo traje —tampoco me quedaba otra. Luego me volví a sentar en su cama de cemento. Joder, no te haces una idea de lo que me estaba arrepintiendo de haber pasado a despedirme.

Empezó a manipular mi examen como si fuese un mojón o algo así.

—Estudiamos a los egipcios desde el cuatro de noviembre hasta el dos de diciembre — dijo. —Decidiste hablar de ellos en la pregunta opcional a desarrollar. ¿Te gustaría que te leyese lo que has escrito?

—No, señor, no mucho —dije.

La leyó de todas formas. No puedes parar a un profesor cuando quiere hacer algo. Simplemente va y lo hace.

Los egipcios fueron una antigua raza de caucásicos que ocupaba una de las regiones del norte de África. Siendo este último el continente más grande del Hemisferio Oriental.

Tuve que quedarme ahí sentado escuchando toda esa mierda. Un golpe bajo sin duda.

Hoy en día los egipcios son muy interesantes para nosotros. La ciencia moderna aun intenta averiguar cuáles eran los ingredientes secretos que se usaban para enterrar a sus muertos para que sus rostros no se pudrieran con el paso de los siglos. Esta interesante incógnita sigue siendo todo un reto para la ciencia moderna en el siglo veinte.

Dejó de leer y posó mi examen. Estaba empezando a odiarle un poco.

—Tu redacción, por llamarlo de alguna manera, termina ahí —dijo en tono sarcástico. No te imaginas lo sarcástico que podía llegar a ser un tío tan viejo.

—Pero me dejaste una pequeña nota al pie de la página —dijo.

—Ya, ya lo sé —dije. Lo dije rápidamente porque quería pararle antes de que se pusiera a leer *eso* en voz alta. Pero era imposible pararle. Era como una bomba a punto de estallar.

ESTIMADO SEÑOR SPENCER [leyó en voz alta]. Eso es todo lo que sé de los egipcios. No consigo interesarme demasiado por ellos, aunque sus clases son muy interesantes. No pasa nada si me cateas, total, voy a catear todo menos inglés de todas formas. Respetuosamente, HOLDEN CAULFIELD.

Entonces posó mi jodido examen y me miró como si me acabase de pegar una paliza al ping-pong o algo. No creo que le perdone jamás por haberme leído esa mierda en voz alta. Yo no se la hubiera leído si fuera él quien la hubiera escrito —de veras que no. Para empezar, solo le había escrito la maldita nota para que no se sintiera mal al suspenderme.

—¿Me culpas por suspenderte, muchacho? —dijo él.

—¡No señor! Le prometo que no —dije. Ojalá dejara de llamarme «muchacho» todo el rato.

Intentó lanzar el examen a la cama cuando terminó. Solo que volvió a fallar, naturalmente. Tuve que volver a levantarme y recogerlo y ponerlo sobre el Atlantic Monthly. Menudo aburrimiento andar haciendo eso cada dos minutos.

—¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?—dijo—. Sé sincero.

Bueno, era bastante evidente que no se sentía demasiado bien por haberme suspendido. Así que le di a la lengua un rato²⁰. Le dije que era un auténtico imbécil, y esas cosas. Le dije que yo hubiera hecho lo mismo de haber estado en su lugar, y que la mayoría de la gente no apreciaba lo difícil que es el trabajo de profesor. Ya sabes. Esas cosas que se suelen decir.

Es curioso, pero mientras me enrollaba diciéndole todas esas cosas estaba pensando en otra cosa. Vivo en Nueva York, y andaba pensando en la laguna que hay en la zona sur de Central Park. Me preguntaba si estaría helada cuando volviese a casa, y si lo estaba, a dónde se habrían ido los patos. Me preguntaba a dónde se iban los patos cuando la laguna se helaba por completo. Si vendría un tío en un camión y se los llevaría a todos a un zoo o algo. O si simplemente se piraban volando.

Soy un tío afortunado, la verdad. Quiero decir, que puedo estar contándole milongas a Spencer al mismo tiempo que pienso en esos patos. Es curioso. No tienes que pensar demasiado cuando hablas con un profesor. Pero de repente, me interrumpió mientras le contaba todo eso. Siempre andaba interrumpiendo.

—¿Qué opinas de todo esto, muchacho? Me gustaría saberlo. Me gustaría mucho.

—¿Se refiere a que me hayan expulsado de Pencey y todo eso? —dije. Me hubiera encantado que se tapase ese pecho lleno de bultos. No era una vista muy agradable.

—Si no me equivoco también tuviste ciertos problemas en la Escuela Whooton y en Elkton Hills —. No lo dijo de forma sarcástica, pero si con algo de mala intención.

—No es que tuviera problemas en Elkton Hills —le dije. —No es que me expulsaran ni nada. Simplemente lo dejé, o algo así.

—¿Por qué? Si se puede saber.

—¿Por qué? Bueno verá, es una larga historia señor. Me refiero a que es bastante complicado —La verdad es que no me apetecía hablar del tema. Tampoco lo habría entendido. Eran cosas mías. La principal razón por la que dejé Elkton Hills fue que

²⁰ En inglés se utiliza la expresión «*shoot the bull*» que significa hablar de algo por hablar, generalmente para complacer a alguien. Al final de párrafo Holden dice «the old bull» que hila directamente con el principio de la frase. Para traducirlo al español he utilizado la expresión «darle a la lengua», que significa también hablar por hablar, y para cerrar he añadido «esas cosas que se suelen decir» que aunque no es tan directo como en inglés para referirse a la expresión inicial creo que redondea bien la frase y resulta idiomático.

estaba rodeado de falsos. Eso es todo. Había un montón. Por ejemplo, estaba aquel director, el señor Haas, ese tío era el hijo de puta²¹ más falso que había visto en mi vida. Mucho peor que Thurmer. Los domingos, por ejemplo, Haas se paseaba la escuela saludando a los padres de alumnos que se pasaban por allí. El tío era encantador de cojones y eso. Salvo si los padres de algún chico tenían unas pintas extrañas. Deberías haber visto como se portaba con los padres de mi compañero de habitación. O sea, si la madre de algún chaval estaba algo gorda o vestía en plan hortera o algo así y el padre era uno de esos tíos que llevan trajes con hombreras grandes y unos zapatos de esos blancos y negros superhorteras, Haas se limitaba a darles la mano y dedicarles una sonrisa falsísima y luego se piraba a hablar con los padres de otra persona, durante media hora o así. No lo soporto. Me pone de los nervios. Es tan deprimente que me pone de los nervios. Menuda puta mierda era Elkton Hills, como lo odiaba.

En ese momento me preguntó algo, pero no le oí. Estaba pensando en Hass.

—¿Qué? —le dije.

—¿No tienes algún remordimiento por irte de Pencey?

—Oh, sí, alguno tengo, claro. Pero no demasiados. Al menos aún no. Supongo que todavía no lo he asimilado. Suelo tardar un rato en hacerlo. Ahora mismo solo pienso en irme a casa el miércoles. Soy un imbécil.

—¿No te importa en absoluto tu futuro, muchacho?

—Oh, sí bueno, me preocupa, claro. Por supuesto que me preocupa — Le estuve dando vueltas durante un minuto. —Pero no demasiado, supongo. La verdad es que no demasiado.

—Ya lo harás —. Dijo Spencer —Lo harás, muchacho, pero ya será demasiado tarde.

No me gustó oírle decir eso. Sonaba como si estuviera muerto o algo. Era bastante deprimente oír algo así. —Supongo que tiene razón —le dije.

²¹ En la versión original, Holden insulta al director llamándolo «bastard», un insulto bastante fuerte en el mundo anglosajón, mientras que en la versión de Carmen Criado le llama «desgraciado» que se queda algo corto. He decidido traducirlo como «hijo de puta» puesto que es un insulto muy utilizado en España y es tan fuerte como «bastard» en inglés.

—Ojalá pudiera hacerte entrar en razón, muchacho. Estoy intentando ayudarte. Estoy intentando *ayudarte*, en la medida de lo posible.

Por supuesto que lo intentaba. Estaba claro. Pero es que giramos en órbitas diferentes, eso es todo. —Sé que lo intenta —dije. —Muchas gracias. No sabe cuánto se lo agradezco, de verdad. —Entonces me levanté de la cama. Joder, no me hubiera quedado ahí sentado otros diez minutos ni aunque me pagaran. —El caso es que me tengo que ir. He dejado algunas cosas en el gimnasio y tengo que ir a por ellas para llevármelas a casa. De verdad que me tengo que ir. —Me miró y volvió a asentir, con una expresión muy seria en la cara. De repente, me dio un montón de pena dejarle ahí. Pero no podía quedarme más tiempo, por eso de las órbitas diferentes y porque no paraba de fallar cuanto intentaba lanzar cosas a la cama, y ese viejo albornoz con el pecho asomando, y ese penetrante olor a gotas Vicks para la nariz al queapestaba toda la habitación. —Mire, no hace falta que se preocupe por mí —le dije. —En serio. Me las apañaré. Estoy pasando por una fase, eso es todo. Le pasa a todo el mundo y eso ¿no?

—No lo sé, muchacho, no lo sé.

Odio cuando la gente responde con frase así. —Que sí, que sí, hágame caso —le dije — Se lo digo en serio, haga el favor de no preocuparse por mí— Le medio puse la mano en el hombro. —¿Vale? —dije.

—¿No te apetece tomar una taza de chocolate caliente antes de irte? A la señora Spencer seguro que no—

—Me encantaría. Me gustaría mucho, pero verá, el caso es que me tengo que ir. Tengo que ir directo al gimnasio. Se lo agradezco, de todas formas. Muchas gracias..

—Luego nos dimos un apretón de mano. Y toda esa mierda. Eso sí, me dio un montón de pena.

—¡Le escribiré! Cuídese esa gripe.

—Adiós, muchacho.

Cuando ya había cerrado la puerta y estaba yendo hacia el salón, me dijo algo a voces, pero la verdad es que no le oí. Juraría que me dijo «buena suerte». Espero que no. Joder, espero que no fuera eso lo que dijo. Yo nunca le gritaría «buena suerte» a nadie. Suena horrible, si lo piensas.

Conclusión

Tal y como hemos visto en los primeros apartados del trabajo, *El Guardián entre el Centeno* es una obra de gran importancia tanto por sus particulares técnicas narrativas como por la historia en sí. J.D. Salinger mostró interés en la traducción de la novela, incluso llegando a mostrar su descontento ante la decisión de traducir el título original «*The Catcher in the Rye*» al español como «*El Cazador Oculto*», tal y como dije anteriormente. No cabe duda que para un autor es primordial que su obra llegue a tantas personas como sea posible y que su mensaje llegue intacto a sus lectores. Aquí es donde entra en juego el papel del traductor.

Durante el desarrollo del proyecto, he analizado la obra y su narrativa detenidamente, para subrayar los elementos más importantes e intentar mejorarlos con el objetivo de producir una traducción lo más cercana posible al texto original. Una vez localizados los puntos clave que caracterizan a la novela y que más se echan en falta en la traducción —la forma en la que el narrador se dirige al lector y las expresiones coloquiales que aparecen— mi propuesta intenta ofrecer una versión más cercana al original, que adapta ese monólogo errático definido por el lenguaje pobre, repetitivo y soez empleado por el protagonista para facilitar la lectura al lector español, puliendo esos fragmentos que interrumpen la continuidad y dificultan la lectura.

Tal vez mi propuesta carezca de esa calidad literaria superior (Castro Gómez, 2007) que caracteriza a la traducción anterior, pero eso es precisamente lo que estaba intentando evitar. De esta forma, he conseguido redactar un texto crudo, sin artificio, con un lenguaje impreciso como el del original y con un registro familiar que roza lo vulgar en muchas de sus partes. Esto se debe a que en el caso particular de *El Guardián entre el Centeno*, la clave para traducir esta novela reside en captar y reflejar las emociones y la intensidad que transmite.

El autor nos pone en situaciones incómodas y el traductor debe responder acorde con dicha situación, por ejemplo, cuando Holden habla con su profesor de historia durante el segundo capítulo. En esta parte, es de vital importancia marcar las diferencias entre lo que el protagonista piensa y lo que dice. Cuando leemos el diálogo entre él y Spencer, vemos a un Holden agradecido, más calmado y correcto, pero cuando nos

cuenta lo que en realidad estaba pensando en ese momento vemos al Holden de siempre haciendo gala del cinismo que le caracteriza. Es en momentos como este cuando el traductor debe saber distinguir ambos tonos y definirlos de la misma forma que el original.

He elaborado una traducción que se aleja bastante de la versión ya publicada en España. La principal diferencia que existe entre ambas reside en que mientras la original eleva el registro de la novela dando lugar a un texto con gran calidad y precisión lingüística, en mi propuesta he querido apostar por una traducción más idiomática y fluida, sobre todo a la hora de traducir su lenguaje coloquial. De esta forma, he reproducido la forma de expresarse del protagonista para que resulte coherente y constante, sin los cambios bruscos de registro que encontramos en la traducción de Carmen Criado.

Aunque adaptar el idiolecto de Caulfield al lenguaje español ha sido un proceso complicado creo que he conseguido lo que me había propuesto en primer lugar, crear un Holden real y coherente con él que los lectores puedan identificarse, disminuyendo así la distancia con narrador. Es decir, para convertir al lector español en esa persona que escucha atentamente a un Holden irreverente, confuso e intranquilo mientras es testigo de sus desvaríos y sus apasionadas críticas.

Para finalizar, quiero recalcar que bajo mi punto de vista, la labor más importante de un traductor literario no es tanto la de traducir un texto con una precisión léxica impecable, sino más bien la de captar las emociones que hacen especial a una obra en su lengua original y reproducirlas en la lengua de destino para transmitir esa misma sensación a los lectores. En relación con esta última reflexión, más personal, y como broche de oro, me gustaría terminar esta conclusión citando una de las frases sobre la traducción más célebres de José Saramago, uno de los escritores –y traductores– más destacados del siglo XX, que opino resume con maestría lo que me ha llevado a realizar este trabajo.

«Los escritores hacen la literatura nacional y los traductores hacen la literatura universal.» (Saramago, sin fecha)

Bibliografía

Salinger, J.D. 1958. *The catcher in the rye*. Penguin Books

Salinger, J.D. 1978. El guardián entre el centeno. [orig. *The catcher in the rye*]. Traducido por Carmen Criado. Alianza Editorial.

Salinger, J.D. 2006. El guardián entre el centeno. [orig. *The catcher in the rye*]. Traducido por Carmen Criado. Alianza Editorial.

J.D. Salinger Biography. Sin fecha de publicación.

<http://www.biography.com/people/jd-salinger-9470070#personal-life-and-legacy>

Aubry, Timothy. “The catcher in the rye: The voice of alienation”, *The Gilder Lehrman Institute for American History*. Sin fecha.

<https://www.gilderlehrman.org/history—by—era/fifties/essays/catcher—rye—voice—alienation>

TIME Staff. 2008. “The Hunger Games Reaches Another Milestone: Top 10 Censored Books”. TIME. 26 de mayo de 2008.

<http://entertainment.time.com/2011/01/06/removing-the-n-word-from-huck-finn-top-10-censored-books/slide/the-catcher-in-the-rye-2/>

Lev Grossman. 2010. “ALL-TIME 100 Novels”. TIME. 7 de enero de 2010.

<http://entertainment.time.com/2005/10/16/all-time-100-novels/slide/the-catcher-in-the-rye-1951-by-j-d-salinger/>

Castro Gómez, Cristina. 2007 “«El Guardián entre el centeno» o cómo traducir a Salinger sin ofender la moral patria.” *Actas del VI Congreso de Lingüística General*, Arco Libros, 2007.

O'Mara, Michael. 2007 "Translating colloquial idioms/metaphors in «The Catcher in the Rye»», *Miscelánea: A Journal of English and American Studies*. 2007. http://www.miscelaneajournal.net/images/stories/articulos/vol35/57_.pdf

Podhoretz, Norman. 1958. "The Know—Nothing Bohemians" aparece recopilado en Charters, Ann. 2001. *Beat down to your soul*. Penguin Books.

Whitehead, John W. "Mark David Chapman, The Catcher In The Rye, And The Killing of John Lennon", *The Rutherford Institute*. 3 de octubre de 2000. https://www.rutherford.org/publications_resources/john_whiteheads_commentary/mark_david_chapman_the_catcher_in_the_rye_and_the_killing_of_john_lennon

ANEXOS

I

If you really want to hear about it, the first thing you'll probably want to know is where I was born, and what my lousy childhood was like, and how my parents were occupied and all before they had me, and all that David Copperfield kind of crap, but I don't feel like going into it, if you want to know the truth. In the first place, that stuff bores me, and in the second place, my parents would have about two hemorrhages apiece if I told anything pretty personal about them. They're quite touchy about anything like that, especially my father. They're *nice* and all – I'm not saying that – but they're also touchy as hell. Besides, I'm not going to tell you my whole goddam autobiography or anything. I'll just tell you about this madman stuff that happened to me around last Christmas just before I got pretty run-down and had to come out here and take it easy. I mean that's all I told D.B. about, and he's my *brother* and all. He's in Hollywood. That isn't too far from this crummy place, and he comes over and visits me practically every week end. He's going to drive me home when I go home next month maybe. He just got a Jaguar. One of those little English jobs that can do around two hundred miles an hour. It cost him damn near four thousand bucks. He's got a lot of dough, now. He didn't *use* to. He used to be just a regular writer, when he was home. He wrote this terrific book of short stories, *The Secret Goldfish*, in case you never heard of him. The best one in it was 'The Secret Goldfish.' It was about this little kid that wouldn't let anybody look at his goldfish because he'd bought it with his own money. It killed me. Now he's out in Hollywood, D.B., being a prostitute. If there's one thing I hate, it's the movies. Don't even mention them to me.

Where I want to start telling is the day I left Pencey Prep. Pencey Prep is this school that's in Agerstown, Pennsylvania. You probably heard of it. You've probably seen the ads, anyway. They advertise in about a thousand magazines, always showing some

I

hot-shot guy on a horse jumping over a fence. Like as if all you ever did at Pencey was play polo all the time. I never even once saw a horse anywhere *near* the place. And underneath the guy on the horse's picture, it always says: 'Since 1888 we have been molding boys into splendid, clear-thinking young men.' Strictly for the birds. They don't do any damn more *molding* at Pencey than they do at any other school. And I didn't know anybody there that was splendid and clear-thinking and all. Maybe two guys. If that many. And they probably *came* to Pencey that way.

Anyway, it was the Saturday of the football game with Saxon Hall. The game with Saxon Hall was supposed to be a very big deal around Pencey. It was the last game of the year, and you were supposed to commit suicide or something if old Pencey didn't win. I remember around three o'clock that afternoon I was standing way the hell up on top of Thomsen Hill, right next to this crazy cannon that was in the Revolutionary War and all. You could see the whole field from there, and you could see the two teams bashing each other all over the place. You couldn't see the grandstand too hot, but you could hear them all yelling, deep and terrific on the Pencey side, because practically the whole school except me was there, and scrawny and faggy on the Saxon Hall side, because the visiting team hardly ever brought many people with them.

There were never many girls at all at the football games. Only seniors were allowed to bring girls with them. It was a terrible school, no matter how you looked at it. I like to be somewhere at least where you can see a few girls around once in a while, even if they're only scratching their arms or blowing their noses or even just giggling or something. Old Selma Thurmer – she was the headmaster's daughter – showed up at the games quite often, but she wasn't exactly the type that drove you mad with desire. She was a pretty nice girl, though. I sat next to her once in the bus from Agerstown and we sort of struck up a conversation. I liked her. She had a big nose and her nails were all bitten down and bloody-looking and she had on those damn falsies that point all over the place, but you felt sort of sorry for her. What I liked about her, she didn't give you a lot of horse manure about what a

great guy her father was. She probably knew what a phony slob he was.

The reason I was standing way up on Thomsen Hill, instead of down at the game, was because I'd just got back from New York with the fencing team. I was the goddam manager of the fencing team. Very big deal. We'd gone in to New York that morning for this fencing meet with McBurney School. Only, we didn't have the meet. I left all the foils and equipment and stuff on the goddam subway. It wasn't all my fault. I had to keep getting up to look at this map, so we'd know where to get off. So we got back to Pencey around two-thirty instead of around dinnertime. The whole team ostracized me the whole way back on the train. It was pretty funny, in a way.

The other reason I wasn't down at the game was because I was on my way to say good-bye to old Spencer, my history teacher. He had the grippe, and I figured I probably wouldn't see him again till Christmas vacation started. He wrote me this note saying he wanted to see me before I went home. He knew I wasn't coming back to Pencey.

I forgot to tell you about that. They kicked me out. I wasn't supposed to come back after Christmas vacation, on account of I was flunking four subjects and not applying myself and all. They gave me frequent warning to start applying myself – especially around mid-terms, when my parents came up for a conference with old Thurmer – but I didn't do it. So I got the ax. They give guys the ax quite frequently at Pencey. It has a very good academic rating, Pencey. It really does.

Anyway, it was December and all, and it was cold as a witch's teat, especially on top of that stupid hill. I only had on my reversible and no gloves or anything. The week before that, somebody'd stolen my camel's-hair coat right out of my room, with my fur-lined gloves right in the pocket and all. Pencey was full of crooks. Quite a few guys came from these very wealthy families, but it was full of crooks anyway. The more expensive a school is, the more crooks it has – I'm not kidding. Anyway, I kept standing next to that crazy cannon, looking down at the game and freezing my ass off. Only, I wasn't watching the game

too much. What I was really hanging around for, I was trying to feel some kind of a good-by. I mean I've left schools and places I didn't even know I was leaving them. I hate that. I don't care if it's a sad good-by or a bad good-by, but when I leave a place I like to *know* I'm leaving it. If you don't, you feel even worse.

I was lucky. All of a sudden I thought of something that helped make me know I was getting the hell out. I suddenly remembered this time, in around October, that I and Robert Tichener and Paul Campbell were chucking a football around, in front of the academic building. They were nice guys, especially Tichener. It was just before dinner and it was getting pretty dark out, but we kept chucking the ball around anyway. It kept getting darker and darker, and we could hardly *see* the ball any more, but we didn't want to stop doing what we were doing. Finally we had to. This teacher that taught biology, Mr Zambesi, stuck his head out of this window in the academic building and told us to go back to the dorm and get ready for dinner. If I get a chance to remember that kind of stuff, I can get a good-by when I need one -- at least, most of the time I can. As soon as I got it, I turned around and started running down the other side of the hill, toward old Spencer's house. He didn't live on the campus. He lived on Anthony Wayne Avenue.

I ran all the way to the main gate, and then I waited a second till I got my breath. I have no wind, if you want to know the truth. I'm quite a heavy smoker, for one thing -- that is, I used to be. They made me cut it out. Another thing, I *grew* six and a half inches last year. That's also how I practically got t.b. and came out here for all these goddam checkups and stuff. I'm pretty healthy, though.

Anyway, as soon as I got my breath back I ran across Route 204. It was icy as hell and I damn near fell down. I don't even know what I was running for -- I guess I just felt like it. After I got across the road, I felt like I was sort of disappearing. It was that kind of a crazy afternoon, terrifically cold, and no sun out or anything, and you felt like you were disappearing every time you crossed a road.

Boy, I rang that doorbell fast when I got to old Spencer's house.

I was really frozen. My ears were hurting and I could hardly move my fingers at all. 'C'mon, c'mon,' I said right out loud, almost, 'somebody open the *door*.' Finally old Mrs Spencer opened it. They didn't have a maid or anything, and they always opened the door themselves. They didn't have too much dough.

'Holden!' Mrs Spencer said. 'How lovely to see you! Come in, dear! Are you frozen to death?' I think she was glad to see me. She liked me. At least, I think she did.

Boy, did I get in that house fast. 'How are you, Mrs Spencer?' I said. 'How's Mr Spencer?'

'Let me take your coat, dear,' she said. She didn't hear me ask her how Mr Spencer was. She was sort of deaf.

She hung up my coat in the hall closet, and I sort of brushed my hair back with my hand. I wear a crew cut quite frequently and I never have to comb it much. 'How've you been, Mrs Spencer?' I said again, only louder, so she'd hear me.

'I've been just fine, Holden.' She closed the closet door 'How have *you* been?' The way she asked me, I knew right away old Spencer'd told her I'd been kicked out.

'Fine,' I said. 'How's Mr Spencer? He over his grippe yet?'

'Over it! Holden, he's behaving like a perfect – I don't know *what* . . . He's in his room, dear. Go right in.'

They each had their own room and all. They were both around seventy years old, or even more than that. They got a bang out of things, though – in a half-assed way, of course. I know that sounds mean to say, but I don't mean it mean. I just mean that I used to think about old Spencer quite a lot, and if you thought about him *too* much, you wondered what the heck he was still living for. I mean he was all stooped over, and he had very terrible posture, and in class, whenever he dropped a piece of chalk at the blackboard, some guy in the first row always had to get up and pick it up and hand it to him. That's awful, in my opinion. But if you thought about him just enough and not *too* much, you could figure it out that he wasn't doing too bad for himself. For instance, one Sunday when some other guys and I were over there for hot chocolate, he showed us this old beat-up Navajo blanket that he and Mrs Spencer'd bought off some Indian in Yellowstone Park. You could tell old Spencer'd got a big bang out of buying it. That's what I mean. You take somebody old as hell, like old Spencer, and they can get a big bang out of buying a blanket.

His door was open, but I sort of knocked on it anyway, just to be polite and all. I could see where he was sitting. He was sitting in a big leather chair, all wrapped up in that blanket I just told you about. He looked over at me when I knocked. 'Who's that?' he yelled. 'Caulfield? Come in, boy.' He was always yelling, outside class. It got on your nerves sometimes.

The minute I went in, I was sort of sorry I'd come. He was reading the *Atlantic Monthly*, and there were pills and medicine all over the place, and everything smelled like Vicks Nose Drops. It was pretty depressing. I'm not too crazy about sick people, anyway. What made it even more depressing, old Spencer had on this very sad, ratty old bathrobe that he was probably born in or something. I don't much like to see old guys in their pajamas and

bathrobes anyway. Their bumpy old chests are always showing. And their legs. Old guys' legs, at beaches and places, always look so white and unhairly. 'Hello, sir,' I said. 'I got your note. Thanks a lot.' He'd written me this note asking me to stop by and say good-by before vacation started, on account of I wasn't coming back. 'You didn't have to do all that. I'd have come over to say good-by anyway.'

'Have a seat there, boy,' old Spencer said. He meant the bed.

I sat down on it. 'How's your grippe, sir?'

'M'boy, if I felt any better I'd have to send for the doctor,' old Spencer said. That knocked him out. He started chuckling like a madman. Then he finally straightened himself out and said, 'Why aren't you down at the game? I thought this was the day of the big game.'

'It is. I was. Only, I just got back from New York with the fencing team,' I said. Boy, his bed was like a rock.

He started getting serious as hell. I knew he would. 'So you're leaving us, eh?' he said.

'Yes, sir. I guess I am.'

He started going into this nodding routine. You never saw anybody nod as much in your life as old Spencer did. You never knew if he was nodding a lot because he was thinking and all, or just because he was a nice old guy that didn't know his ass from his elbow.

'What did Dr Thurmer say to you, boy? I understand you had quite a little chat.'

'Yes, we did. We really did. I was in his office for around two hours, I guess.'

'What'd he say to you?'

'Oh . . . well, about Life being a game and all. And how you should play it according to the rules. He was pretty nice about it. I mean he didn't hit the ceiling or anything. He just kept talking about Life being a game and all. You know.'

'Life *is* a game, boy. Life *is* a game that one plays according to the rules.'

'Yes, sir. I know it is. I know it.'

Game, my ass. Some game. If you get on the side where all the hot-shots are, then it's a game, all right - I'll admit that. But if you get on the *other* side, where there aren't any hot-shots, then

what's a game about it? Nothing. No game. 'Has Dr Thurmer written to your parents yet?' old Spencer asked me.

'He said he was going to write them Monday.'

'Have you yourself communicated with them?'

'No, sir, I haven't communicated with them, because I'll probably see them Wednesday night when I get home.'

'And how do you think they'll take the news?'

'Well . . . they'll be pretty irritated about it,' I said. 'They really will. This is about the fourth school I've gone to.' I shook my head. I shake my head quite a lot. 'Boy!' I said. I also say 'Boy!' quite a lot. Partly because I have a lousy vocabulary and partly because I act quite young for my age sometimes. I was sixteen then, and I'm seventeen now, and sometimes I act like I'm about thirteen. It's really ironical, because I'm six foot two and a half and I have gray hair. I really do. The one side of my head – the right side – is full of millions of gray hairs. I've had them ever since I was a kid. And yet I still act sometimes like I was only about twelve. Everybody says that, especially my father. It's partly true, too, but it isn't *all* true. People always think something's *all* true. I don't give a damn, except that I get bored sometimes when people tell me to act my age. Sometimes I act a lot older than I am – I really do – but people never notice it. People never notice anything.

Old Spencer started nodding again. He also started picking his nose. He made out like he was only pinching it, but he was really getting the old thumb right in there. I guess he thought it was all right to do because it was only me that was in the room. I didn't *care*, except that it's pretty disgusting to watch somebody pick their nose.

Then he said, 'I had the privilege of meeting your mother and dad when they had their little chat with Dr Thurmer some weeks ago. They're grand people.'

'Yes, they are. They're very nice.'

Grand. There's a word I really hate. It's a phony. I could puke every time I hear it.

Then all of a sudden old Spencer looked like he had something very good, something sharp as a tack, to say to me. He sat up

more in his chair and sort of moved around. It was a false alarm, though. All he did was lift the *Atlantic Monthly* off his lap and try to chuck it on the bed, next to me. He missed. It was only about two inches away, but he missed anyway. I got up and picked it up and put it down on the bed. All of a sudden then, I wanted to get the hell out of the room. I could feel a terrific lecture coming on. I didn't mind the idea so much, but I didn't feel like being lectured to and smell Vicks Nose Drops and look at old Spencer in his pajamas and bathrobe all at the same time. I really didn't.

It started, all right. 'What's the matter with you, boy?' old Spencer said. He said it pretty tough, too, for him. 'How many subjects did you carry this term?'

'Five, sir.'

'Five. And how many are you failing in?'

'Four.' I moved my ass a little bit on the bed. It was the hardest bed I ever sat on. 'I passed English all right,' I said, 'because I had all that Beowulf and Lord Randal My Son stuff when I was at the Whooton School. I mean I didn't have to do any work in English at all hardly, except write compositions once in a while.'

He wasn't even listening. He hardly ever listened to you when you said something.

'I flunked you in history because you knew absolutely nothing.'

'I know that, sir. Boy, I know it. You couldn't help it.'

'Absolutely nothing,' he said over again. 'That's something that drives me crazy. When people say something twice that way, after you *admit* it the first time. Then he said it *three* times. 'But absolutely nothing. I doubt very much if you opened your textbook even once the whole term. Did you? Tell the truth, boy.'

'Well, I sort of glanced through it a couple of times,' I told him. I didn't want to hurt his feelings. He was mad about history.

'You glanced through it, eh?' he said - very sarcastic. 'Your, ah, *exam* paper is over there on top of my chiffonier. On top of the pile. Bring it here, please.'

It was a very dirty trick, but I went over and brought it over to him - I didn't have any alternative or anything. Then I sat down on his cement bed again. Boy, you can't imagine how sorry I was getting that I'd stopped by to say good-by to him.

He started handling my exam paper like it was a turd or something. 'We studied the Egyptians from November 4th to December 2nd,' he said. 'You *chose* to write about them for the optional essay question. Would you care to hear what you had to say?'

'No, sir, not very much,' I said.

He read it anyway, though. You can't stop a teacher when they want to do something. They just *do* it.

The Egyptians were an ancient race of Caucasians residing in one of the northern sections of Africa. The latter as we all know is the largest continent in the Eastern Hemisphere.

I had to sit there and *listen* to that crap. It certainly was a dirty trick.

The Egyptians are extremely interesting to us today for various reasons. Modern science would still like to know what the secret ingredients were that the Egyptians used when they wrapped up dead people so that their faces would not rot for innumerable centuries. This interesting riddle is still quite a challenge to modern science in the twentieth century.

He stopped reading and put my paper down. I was beginning to sort of hate him. 'Your *essay*, shall we say, ends there,' he said in this very sarcastic voice. You wouldn't think such an old guy would be so sarcastic and all. 'However, you dropped me a little note, at the bottom of the page,' he said.

'I know I did,' I said. I said it very fast because I wanted to stop him before he started reading *that* out loud. But you couldn't stop him. He was hot as a firecracker.

DEAR MR SPENCER [he read out loud]. That is all I know about the Egyptians. I can't seem to get very interested in them although your lectures are very interesting. It is all right with me if you flunk me though as I am flunking everything else except English anyway. Respectfully yours, HOLDEN CAULFIELD.

He put my goddam paper down then and looked at me like he'd just beaten hell out of me in ping-pong or something. I don't think I'll ever forgive him for reading me that crap out loud. I wouldn't've read it out loud to *him* if *he'd* written it - I really

wouldn't. In the first place, I'd only *written* that damn note so that he wouldn't feel too bad about flunking me.

'Do you blame me for flunking you, boy?' he said.

'No, sir! I certainly don't,' I said. I wished to hell he'd stop calling me 'boy' all the time.

He tried chucking my exam paper on the bed when he was through with it. Only, he missed again, naturally. I had to get up again and pick it up and put it on top of the *Atlantic Monthly*. It's *boring* to do that every two minutes.

'What would you have done in my place?' he said. 'Tell the truth, boy.'

Well, you could see he really felt pretty lousy about flunking me. So I shot the bull for a while. I told him I was a real moron, and all that stuff. I told him how I would've done exactly the same thing if I'd been in his place, and how most people didn't appreciate how tough it is being a teacher. That kind of stuff. The old bull.

The funny thing is, though, I was sort of thinking of something else while I shot the bull. I live in New York, and I was thinking about the lagoon in Central Park, down near Central Park South. I was wondering if it would be frozen over when I got home, and if it was, where did the ducks go. I was wondering where the ducks went when the lagoon got all icy and frozen over. I wondered if some guy came in a truck and took them away to a zoo or something. Or if they just flew away.

I'm lucky, though. I mean I could shoot the old bull to old Spencer and think about those ducks at the same time. It's funny. You don't have to think too hard when you talk to a teacher. All of a sudden, though, he interrupted me while I was shooting the bull. He was always interrupting you.

'How do you *feel* about all this, boy? I'd be very interested to know. Very interested.'

'You mean about my flunking out of Pencey and all?' I said. I sort of wished he'd cover up his bumpy chest. It wasn't such a beautiful view.

'If I'm not mistaken, I believe you also had some difficulty at the Whooton School and at Elkton Hills.' He didn't say it just sarcastic, but sort of nasty, too.

'I didn't have too much difficulty at Elkton Hills,' I told him. 'I didn't exactly flunk out or anything. I just quit, sort of.'

'Why, may I ask?'

'Why? Oh, well it's a long story, sir. I mean it's pretty complicated.' I didn't feel like going into the whole thing with him. He wouldn't have understood it anyway. It wasn't up his alley at all. One of the biggest reasons I left Elkton Hills was because I was surrounded by phonies. That's all. They were coming in the goddam window. For instance, they had this headmaster, Mr Haas, that was the phoniest bastard I ever met in my life. Ten times worse than old Thurmer. On Sundays, for instance, old Haas went around shaking hands with everybody's parents when they drove up to school. He'd be charming as hell and all. Except if some boy had little old funny-looking parents. You should've seen the way he did with my roommate's parents. I mean if a boy's mother was sort of fat or corny-looking or something, and if somebody's father was one of those guys that wear those suits with very big shoulders and corny black-and-white shoes, then old Haas would just shake hands with them and give them a phony smile and then he'd go talk, for maybe a half an *hour*, with somebody else's parents. I can't stand that stuff. It drives me crazy. It makes me so depressed I go crazy. I hated that goddam Elkton Hills.

Old Spencer asked me something then, but I didn't hear him. I was thinking about old Haas. 'What, sir?' I said.

'Do you have any particular *qualms* about leaving Pencey?'

'Oh, I have a few qualms, all right. Sure . . . but not too many. Not yet, anyway. I guess it hasn't really hit me yet. It takes things a while to hit me. All I'm doing right now is thinking about going home Wednesday. I'm a moron.'

'Do you feel absolutely no concern for your future, boy?'

'Oh, I feel some concern for my future, all right. Sure. Sure, I do.' I thought about it for a minute. 'But not too much, I guess. Not too much, I guess.'

'You *will*,' old Spencer said. 'You will, boy. You will when it's too late.'

I didn't like hearing him say that. It made me sound dead or something. It was very depressing. 'I guess I will,' I said.

'I'd like to put some sense in that head of yours, boy. I'm trying to help you. I'm trying to *help* you, if I can.'

He really was, too. You could see that. But it was just that we were too much on opposite sides of the pole, that's all. 'I know you are, sir,' I said. 'Thanks a lot. No kidding. I appreciate it. I really do.' I got up from the bed then. Boy, I couldn't've sat there another ten minutes to save my life. 'The thing is, though, I have to get going now. I have quite a bit of equipment at the gym I have to get to take home with me. I really do.' He looked up at me and started nodding again, with this very serious look on his face. I felt sorry as hell for him, all of a sudden. But I just couldn't hang around there any longer, the way we were on opposite sides of the pole, and the way he kept missing the bed whenever he chucked something at it, and his sad old bathrobe with his chest showing, and that grippy smell of Vicks Nose Drops all over the place. 'Look, sir. Don't worry about me,' I said. 'I mean it. I'll be all right. I'm just going through a phase right now. Everybody goes through phases and all, don't they?'

'I don't know, boy. I don't know.'

I hate it when somebody answers that way. 'Sure. Sure, they do,' I said. 'I mean it, sir. Please don't worry about me.' I sort of put my hand on his shoulder. 'Okay?' I said.

'Wouldn't you like a cup of hot chocolate before you go? Mrs Spencer would be --'

'I would, I really would, but the thing is, I have to get going. I have to go right to the gym. Thanks, though. Thanks a lot, sir.'

Then we shook hands. And all that crap. It made me feel sad as hell, though.

'I'll drop you a line, sir. Take care of your grippe, now.'

'Good-by, boy.'

After I shut the door and started back to the living room, he yelled something at me, but I couldn't exactly hear him. I'm pretty sure he yelled 'Good luck!' at me. I hope not. I hope to hell not. I'd never yell 'Good luck!' at anybody. It sounds terrible, when you think about it.

Capítulo 1

Si realmente les interesa lo que voy a contarles, probablemente lo primero que querrán saber es dónde nací, y lo asquerosa que fue mi infancia, y qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y todas esas gilipolleces estilo David Copperfield, pero si quieren saber la verdad no tengo ganas de hablar de eso. Primero porque me aburre y, segundo, porque a mis padres les darían dos ataques por cabeza si les dijera algo personal acerca de ellos. Para esas cosas son muy susceptibles, sobre todo mi padre. Son *buena gente* y todo eso, no digo que no, pero también son más susceptibles que el demonio. Además, no crean que voy a contarles toda mi maldita autobiografía ni nada de eso. Sólo voy a hablarles de unas cosas de locos que me pasaron durante las Navidades pasadas, justo antes de que me quedara bastante hecho polvo y tuviera que venir aquí y tomármelo con calma. Quiero decir que a D.B. tampoco le he contado más, y eso que él es mi hermano y todo. Está en Hollywood. Como eso no queda muy lejos de este antro, suele venir a verme casi todos los fines de sema-

9

na. Él será quien me lleve a casa cuando salga de aquí, quizá el mes que viene. Acaba de comprarse un Jaguar. Uno de esos cacharros ingleses que se ponen como a trescientos kilómetros por hora. Casi cuatro mil dólares le ha costado. Ahora tiene un montón de pasta. Antes no. Cuando vivía en casa era sólo un escritor normal. Por si no saben quién es, les diré que ha escrito un libro de cuentos estupendo, *El pececillo secreto*. El mejor del libro es «El pececillo secreto». Trata de un niño que tiene un pez y no se lo deja ver a nadie porque se lo ha comprado con su dinero. Me dejó sin habla. Ahora D.B. está en Hollywood, prostituyéndose. Si hay algo que odio en el mundo es el cine. Ni me lo nombren.

Empezaré por el día en que salí de Pencey. Pencey es un colegio que está en Agerstown, Pennsylvania. Probablemente habrán oído hablar de él. En todo caso, probablemente habrán visto la propaganda. Se anuncia en miles de revistas, siempre con un tío con pinta de pez gordo montado en un caballo y saltando una valla. Como si en Pencey no se hiciera otra cosa que jugar todo el tiempo al polo. Yo no vi un caballo por allí ni una sola vez. Y debajo de la foto del tío a caballo siempre dice: «Desde 1888 moldeamos muchachos transformándolos en hombres magníficos y de mente clara». Bobadas. En Pencey se moldea igual que en cualquier otro colegio. Y yo no conocí a nadie allí ni magnífico ni de mente clara. Quizá dos tíos. Como mucho. Y probablemente ya eran así cuando llegaron a Pencey.

Bueno, pues era el sábado del partido de fútbol contra Saxon Hall. En Pencey se suponía que el partido contra Saxon Hall era una gran cosa. Era el último del año y se suponía que tenías que suicidarte o algo así si no ganaba el equipo de Pencey. Me acuerdo que hacia las tres

de aquella tarde estaba yo en lo más alto de Thomsen Hill, junto a ese cañón de locos de la Guerra de la Independencia y todo eso. Desde allí se veía todo el campo y se veía a los dos equipos embistiéndose el uno al otro por todas partes. No se veía muy bien la tribuna, pero sí se oían los gritos, sonoros y tremendos los del lado de Pencey, porque estaba allí prácticamente todo el colegio menos yo, y debiluchos y como amariconados los del lado de Saxon Hall, porque el equipo visitante por lo general nunca se traía mucha gente.

En los partidos de fútbol no solía haber muchas chicas. Sólo los más mayores podían traerlas. Por donde se le mirase era un asco de colegio. A mí los que me gustan son esos sitios donde al menos puedes ver unas cuantas chicas de vez en cuando, aunque sólo estén rascándose un brazo, o sonándose la nariz, o hasta sólo riéndose o algo así. Selma Thurmer —la hija del director— iba a los partidos con bastante frecuencia, pero no era exactamente el tipo de chica como para volverte loco de deseo. Aunque era bastante simpática. Una vez fui sentado a su lado en el autobús de Agerstown y nos pusimos a hablar un rato. Me cayó muy bien. Tenía la nariz grande, las uñas todas comidas y como sanguinolentas, y llevaba en el pecho unos postizos de esos que apuntan en todas direcciones, pero daba un poco de pena. Lo que me gustaba de ella es que nunca te venía con esa gilipollez de lo fenomenal que era su padre. Probablemente sabía qué clase de palurdo farsante era.

Si yo estaba en lo alto de Thomsen Hill en vez de abajo en el partido, era porque acababa de volver de Nueva York con el equipo de esgrima. Yo era el puñetero jefe del equipo. Vaya cosa. Habíamos ido a Nueva York aquella mañana para un encuentro de esgrima con el Colegio

McBurney. Sólo que no hubo encuentro. Me dejé los floretes, el equipo y todo lo demás en ese maldito metro. No fue culpa mía del todo. Había tenido que levantarme todo el rato para mirar el plano y saber dónde teníamos que bajarnos. Así que volvimos a Pencey hacia las dos y media en lugar de a la hora de la cena. Los tíos del equipo me hicieron el vacío en el tren durante todo el viaje de vuelta. La verdad es que dentro de todo tuvo bastante gracia.

La otra razón por la que no estaba abajo en el partido era porque iba a despedirme de Spencer, mi profesor de historia. Tenía la gripe y pensé que probablemente no volvería a verle antes de que empezaran las vacaciones de Navidad. Me había escrito una nota en la que decía que quería verme antes de que me fuera a casa. Sabía que no volvería a Pencey.

Me he olvidado de decírselo. Me habían expulsado. Se suponía que no volvería después de las vacaciones de Navidad porque me habían suspendido en cuatro asignaturas y no me aplicaba ni nada. Me advirtieron varias veces para que me aplicara —sobre todo antes de los exámenes de mitad de semestre, cuando mis padres vinieron a hablar con Thurmer—, pero no lo hice. Así que me expulsaron. En Pencey expulsan a los chicos con mucha frecuencia. Tiene un nivel académico muy alto, Pencey. De verdad.

Bueno, pues era diciembre y todo eso y hacía un frío que pelaba, sobre todo en lo alto de aquella estúpida colina. Yo sólo llevaba mi chaqueta reversible y ni guantes ni nada. La semana anterior alguien se había llevado de mi cuarto mi abrigo de pelo de camello con los guantes forrados de piel metidos en los bolsillos y todo. Pencey era una cueva de ladrones. Muchos de los chicos eran de familias

de mucho dinero, pero aun así era una cueva de ladrones. Cuanto más caro el colegio, más ladrones, en serio. Bueno, pues ahí estaba yo junto a ese cañón de locos mirando el partido y helándome el culo. Sólo que no me fijaba mucho en el partido. Si seguía allí era por ver si me entraba una sensación de despedida. Quiero decir que me he ido de un montón de colegios y de sitios sin darme cuenta siquiera de que me iba. Y me revienta. No me importa que sea una despedida triste o que sea una despedida desagradable, pero cuando me voy de un sitio me gusta *saber* que me voy. Si no, te da más pena todavía.

Tuve suerte. De pronto pensé en una cosa que me ayudó a saber que me largaba de allí. Me acordé de una vez, en octubre o por ahí, en que yo, Robert Tichener y Paul Campbell estábamos lanzándonos un balón delante del edificio académico. Eran buenos tíos, sobre todo Tichener. Faltaba muy poco para la cena y ya era bastante de noche, pero nosotros seguíamos dándole al balón. Cada vez estaba más oscuro y ya casi ni podíamos verlo, pero no queríamos dejar de hacer lo que estábamos haciendo. Al final tuvimos que dejarlo. El profesor de biología, el señor Zambesi, se asomó a una ventana del edificio y nos dijo que volviéramos al dormitorio y nos arregláramos para la cena. Si consigo recordar una cosa de ese tipo, puedo tener la sensación de despedida cuando la necesito, por lo menos la mayoría de las veces. En cuanto la tuve, me di la vuelta y eché a correr cuesta abajo por la ladera opuesta de la colina en dirección a la casa de Spencer. No vivía dentro del recinto del colegio. Vivía en la avenida Anthony Wayne.

Corrí hasta la puerta de la verja y esperé allí un segundo hasta que recobré el aliento. No tengo nada de fuelle, si quieren saber la verdad. Por una parte, porque fumo

mucho, es decir, fumaba. Me han obligado a dejarlo. Y por otra, porque el año pasado crecí dieciséis centímetros. Por eso también estuve a punto de coger la tuberculosis y vine aquí a que me hicieran esas malditas pruebas y cosas de esas. Aunque estoy bastante sano.

Bueno, pues en cuanto recuperé el aliento crucé a todo correr la Carretera 204. Había muchísimo hielo y por poco me caigo. Ni siquiera sé por qué corría, supongo que sólo porque me apetecía. Después de cruzar la carretera me sentí como si estuviera desapareciendo. Era una de esas tardes de locos, horriblemente frías y sin sol ni nada, y te sentías como si estuvieras desapareciendo cada vez que cruzabas una carretera.

Jo, no me di prisa ni nada en tocar el timbre de la puerta en cuanto llegué a casa de Spencer. Estaba completamente helado. Me dolían las orejas y casi no podía mover los dedos.

—Vamos, vamos —casi dije en voz alta—. Que abra alguien la *puerta*.

Al final la abrió la señora Spencer. No tenían criada ni nada y siempre abrían la puerta ellos mismos. No tenían mucha pasta.

—¡Holden! —dijo la señora Spencer—. ¡Qué alegría verte! Entra, hijo. Debes de estar helado.

Me parece que se alegró de verme. Le caía bien. Al menos eso creo.

Jo, lo de prisa que entré en aquella casa.

—¿Cómo está usted, señora Spencer? —dije—. ¿Cómo está el señor Spencer?

—Dame el abrigo —me dijo. No me había oído preguntarle por el señor Spencer. Estaba un poco sorda.

Colgó mi abrigo en el armario del recibidor y yo me eché el pelo hacia atrás con la mano. Por lo general, lo

llevo cortado a cepillo y nunca tengo que peinármelo mucho.

—¿Cómo está usted, señora Spencer? —volví a decirle, sólo que más alto, para que me oyera.

—Muy bien, Holden. —Cerró la puerta del armario—. Y tú, ¿cómo estás?

Por cómo me lo preguntó supe enseguida que Spencer le había dicho que me habían expulsado.

—Bien —le dije—. ¿Cómo está el señor Spencer? ¿Se le ha pasado ya la gripe?

—¿Pasársele? Holden, se está portando como un perfecto... yo que sé qué... Está en su habitación, hijo. Pasa.

Capítulo 2

Cada uno tenía su propia habitación y todo. Tenían los dos como setenta años y hasta puede que más. Pero se lo pasaban bomba con sus cosas, un poco a lo tonto, claro. Pensarán que lo digo con mala idea, pero no lo digo con mala idea. Sólo quiero decir que solía pensar en Spencer a menudo, y que si pensabas *demasiado* en él, empezabas a preguntarte para qué demonios seguía viviendo. Quiero decir que estaba encorvado y en una postura horrible, y en clase, si se le caía la tiza cuando estaba en la pizarra, siempre tenía que levantarse un tío de la primera fila a recogerla y dársela. A mí eso me parece horrible. Pero si pensabas en él sólo lo suficiente y no *demasiado*, podías entender que no lo pasaba tan mal. Por ejemplo, un domingo que fui a su casa con otros tíos a tomar un chocolate, nos enseñó una manta navajo toda raída que él y su mujer le habían comprado a un indio en el parque de Yellowstone. Se notaba que Spencer se lo había pasado bomba comprándola. Eso es lo que quiero decir. Imagínense a un tío más viejo que Matusalén como Spencer, por ejemplo, y resulta que puede pasárselo bomba comprándose una manta.

Tenía la puerta abierta, pero aun así llamé un poco con los nudillos para ser educado y todo eso. Podía ver dónde estaba sentado. Estaba sentado en un gran sillón de cuero, envuelto en la manta de la que acabo de hablarles. Cuando llamé, me miró.

—¿Quién es? —gritó—. ¡Caulfield! ¡Entra, muchacho!

Fuera de clase, siempre estaba gritando. A veces te ponía nervioso.

En cuanto entré, me arrepentí un poco de haber ido. Estaba leyendo el *Atlantic Monthly*, había pastillas y medicinas por todas partes y olía a gotas nasales Vicks. Era bastante deprimente. La verdad es que los enfermos no me vuelven loco. Y lo que hacía todo aún más deprimente era que Spencer llevaba puesto un albornoz tristísimo, todo zarrapastroso, que probablemente ya llevaba cuando nació o algo así. No me gusta mucho ver a viejos ni en pijama, ni en albornoz. Siempre se les ve el pecho todo lleno de bultos, y las piernas, esas piernas de viejo que se ven en las playas y en sitios así, todas blancas y sin pelos.

—Cómo está, señor —le dije—. Me han dado su nota. Muchas gracias.

Me había escrito una nota para decirme que, como no iba a volver, fuera a despedirme de él antes de que comenzaran las vacaciones.

—No tenía que haberse molestado. Habría venido a despedirme de todos modos.

—Siéntate ahí, muchacho —dijo Spencer.

Se refería a la cama. Me senté.

—¿Cómo está de la gripe?

—Muchacho, si me sintiera un poco mejor, tendría que llamar al médico —dijo Spencer.

Se hizo una gracia tremenda. Empezó a reírse como loco. Al final se enderezó y me dijo:

—¿Cómo es que no has ido al partido? Creía que hoy era el día del gran partido.

—Lo es. Iba a ir. Pero es que acabo de volver de Nueva York con el equipo de esgrima —dije. Jo, esa cama era más dura que una piedra.

De pronto empezó a ponerse más serio que un demonio. Sabía que lo haría.

—Así que nos dejas, ¿eh? —dijo.

—Sí, señor. Eso parece.

Empezó a asentir con la cabeza como hacía siempre. Nunca en su vida han visto a nadie asentir tanto con la cabeza. Y nunca sabías si lo hacía porque estaba pensando y todo eso, o sólo porque no era más que un vejete que ya no distinguía el culo de las tómporas.

—¿Qué te dijo el señor Thurmer, muchacho? He sabido que tuvisteis una larga conversación.

—Sí, es verdad. Es verdad. Me pasé en su despacho como dos horas, creo.

—¿Y qué te dijo?

—Oh... pues que la vida es como una partida y todo eso. Y que hay que jugarla de acuerdo con las reglas. Estuvo muy amable. Vamos, que no se puso como una fiera ni nada. Sólo dijo muchas veces que la vida es una partida y todo eso. Ya sabe.

—La vida es una partida, muchacho. La vida es una partida que uno juega de acuerdo con las reglas.

—Sí, señor. Ya lo sé. Lo sé.

De partida, un cuerno. Menuda partida. Si te toca en el lado de los peces gordos, desde luego que es una partida, lo reconozco. Pero como te toque en el *otro* lado, donde no hay ningún pez gordo, ¿qué tiene eso de partida? Nada. De partida, nada.

—¿Ha escrito ya el señor Thurmer a tus padres? —me preguntó Spencer.

—Dijo que iba a escribirles el lunes.

—¿Te has comunicado ya con ellos?

—No señor, aún no me he comunicado con ellos porque probablemente les veré el miércoles por la noche cuando vuelva a casa.

—¿Y cómo crees que se tomarán la noticia?

—Pues... se enfadarán bastante —dije—. Se enfadarán seguro. He ido ya como a cuatro colegios.

Meneé la cabeza. Meneo mucho la cabeza.

—¡Jo! —dije. También digo «jo» muchas veces. En parte porque tengo un vocabulario pobrísimo, y en parte porque a veces me comporto como si fuera más joven de lo que soy. Entonces tenía dieciséis años y ahora tengo diecisiete, pero a veces parece que tuviera trece. La verdad es que es bastante paradójico, porque mido un metro ochenta y siete y tengo canas. De verdad. Todo un lado de la cabeza —el derecho—, lo tengo lleno de millones de canas. Las tengo desde que era un crío. Y sin embargo a veces me comporto como si tuviera doce años. Lo dice todo el mundo, sobre todo mi padre. Y en parte es verdad, pero no del *todo*. La gente siempre cree que algo es verdad del *todo*. Me importa un cuerno, sólo que a veces me aburre que me digan que me porte como corresponde a mi edad. A veces me comporto como si fuera mucho mayor de lo que soy —de verdad—, pero de eso no se da cuenta nadie. La gente nunca se da cuenta de nada.

Spencer empezó a asentir otra vez con la cabeza. Empezó también a meterse el dedo en la nariz. Hacía como si sólo se la estuviera pellizcando, pero la verdad es que se metía el dedo gordo hasta arriba. Supongo que pensaba que no importaba porque sólo estaba yo en la habita-

ción. A mí no me importaba, sólo que da bastante asco ver a alguien hurgándose la nariz.

Luego dijo:

—Tuve el placer de conocer a tus padres hace unas semanas, cuando vinieron a hablar con el señor Thurmer. Son encantadores.

—Sí. Son buena gente.

«Encantadores.» Me revienta esa palabra. Es de lo más falsa. Me dan ganas de vomitar cada vez que la oigo.

De pronto pareció como si Spencer fuera a decirme algo estupendo, agudo como un estilete. Se incorporó en su sillón y se removió un poco. Pero fue una falsa alarma. Todo lo que hizo fue coger el *Atlantic Monthly* que tenía en las rodillas y tratar de tirarlo encima de la cama a mi lado. Falló. Estaba sólo a cinco centímetros de distancia, pero falló. Me levanté, lo recogí y lo dejé en la cama. De pronto me entraron unas ganas terribles de salir a todo correr de aquella habitación. Sentía que se me venía encima un sermón horrible, y no es que me molestara mucho la idea, pero no me apetecía aguantar el sermón y oler a gotas nasales Vicks y ver a Spencer con su pijama y su albornoz todo al mismo tiempo. De verdad que no.

Pero, tal como me lo estaba temiendo, empezó.

—¿Qué te pasa, muchacho? —dijo Spencer. Y para su modo de ser lo dijo con bastante mala leche—. ¿Cuántas asignaturas llevas este semestre?

—Cinco, señor.

—Cinco. ¿Y cuántas has suspendido?

—Cuatro.

Moví un poco el culo en la cama. En mi vida me había sentado en una cama tan dura.

—En Lengua he aprobado —le dije—, porque todo eso de Beowulf y «Lord Randal, hijo mío» lo había dado ya en

Whooton. En Lengua no he tenido que estudiar casi nada. Sólo escribir una redacción de vez en cuando.

Ni siquiera me escuchaba. Casi nunca te escuchaba cuando decías algo.

—Te he suspendido en Historia por la sencilla razón de que no sabías absolutamente nada.

—Lo sé, señor. Jo, que si lo sé. No ha sido culpa suya.

—Absolutamente nada —repitió.

Eso sí que me saca de quicio. Que alguien te diga una cosa dos veces cuando tú ya lo has reconocido a la primera. Pues él lo dijo *tres* veces.

—Absolutamente nada. Dudo que hayas abierto el libro una sola vez en todo el semestre. ¿Lo has abierto? Dime la verdad, muchacho.

—Verá, lo he hojeado un par de veces —le dije. No quería herirle. Le volvía loco la historia.

—Conque lo has hojeado, ¿eh? —dijo, y de lo más sarcástico—. Tu, ah, *examen* está ahí, sobre la cómoda. Encima de ese montón. Tráemelo, por favor.

Fue un golpe bajo, pero me levanté a cogerlo y se lo llevé. No tenía otro remedio. Luego volví a sentarme en aquella cama de cemento. Jo, no saben lo arrepentido que estaba de haber ido a despedirme de él.

Empezó a manosear mi examen como si fuera una plasta de vaca o algo así.

—Estudiamos los egipcios desde el cuatro de noviembre hasta el dos de diciembre —dijo—. Fue el tema que *elegiste* de las preguntas opcionales. ¿Quieres oír lo que *pu-siste*?

—No, señor. No mucho —dije.

Pero lo leyó igual. No hay quien pare a un profesor cuando se empeña en hacer una cosa. Van y lo hacen.

Los egipcios fueron una antigua raza caucásica que habitó una de las regiones del norte de África. África, como todos sabemos, es el continente mayor del hemisferio oriental.

Tuve que quedarme allí sentado y escuchar toda esa basura. De verdad que fue un golpe bajo.

Los egipcios son extremadamente interesantes para nosotros por diversas razones. La ciencia moderna no ha podido descubrir aún cuáles eran los ingredientes secretos que utilizaban los egipcios cuando vendaban a sus muertos para que la cara no se les pudriera durante innumerables siglos. Ese interesante misterio continúa siendo un desafío para la ciencia moderna del siglo XX.

Paró de leer y dejó mi examen. Casi estaba empezando a odiarle.

—Tu ensayo, por llamarlo de alguna manera, acaba ahí —dijo con una voz de lo más sarcástica. Parecía mentira que un vejete así pudiera ponerse tan sarcástico y todo eso—. Sin embargo, me escribiste una nota al pie de la página —dijo.

—Ya lo sé —le dije. Lo dije muy deprisa para ver si le paraba antes de que se pusiera a leer *aquello* en voz alta. Pero no había quien le parara. Se había disparado.

Estimado señor Spencer [leyó en voz alta]. Esto es todo lo que sé sobre los egipcios. No he logrado interesarme mucho por ellos, aunque sus clases son muy interesantes. No le importe suspenderme porque voy a suspender todo menos Lengua. Respetuosamente, Holden Caulfield.

Dejó mi maldito examen y luego me miró como si acabara de machacarme en una partida de ping-pong o algo así. Creo que nunca le perdonaré que me leyera aquella basura en voz alta. Yo no se lo habría leído si lo hubiera escrito *él*, de verdad. Para empezar, sólo le había escrito aquella maldita nota para que no se sintiera tan mal al suspenderme.

—¿Me culpas por suspenderte, muchacho? —dijo.

—No señor. Claro que no —dije. Habría dado cualquier cosa porque hubiera dejado de llamarme «muchacho» todo el tiempo.

Cuando acabó con mi examen quiso tirarlo sobre la cama. Sólo que, naturalmente, volvió a fallar. Tuve que levantarme otra vez para recogerlo y ponerlo encima del *Atlantic Monthly*. Es un *aburrimiento* tener que hacer eso cada dos minutos.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? —dijo—. Dímelo sinceramente, muchacho.

Se le notaba que le daba bastante pena suspenderme, así que me enrollé un buen rato. Le dije que yo era un verdadero imbécil y todo eso. Le dije que en su lugar habría hecho exactamente lo mismo y que muy poca gente se daba cuenta de lo duro que es ser profesor. Ese tipo de cosas. Las tonterías habituales.

Lo gracioso es que mientras me enrollaba, estaba pensando en otra cosa. Vivo en Nueva York y pensé en el lago que hay en Central Park, cerca de Central Park South. Me pregunté si estaría helado cuando llegara a casa, y, si lo estaba, adónde irían los patos. Me pregunté adónde irían los patos cuando el lago se helaba y la superficie del agua se congelaba. Me pregunté si vendría un hombre a recogerlos en un camión para llevarlos a un zoológico o algo así. O si sólo se irían ellos a algún sitio volando.

Tengo suerte. Quiero decir que pude enrollarme con Spencer y, al mismo tiempo, pensar en esos patos. Tiene gracia. Cuando hablas con un profesor no tienes que pensar demasiado. Pero de pronto me interrumpió mientras me enrollaba. Siempre te estaba interrumpiendo.

—¿Qué piensas de todo esto, muchacho? Me interesa mucho saberlo. Mucho.

—¿Se refiere a que me hayan expulsado de Pencey y todo eso? —le dije. Habría dado cualquier cosa porque se tapara el pecho lleno de bultos. No era un panorama muy agradable.

—Si no me equivoco, creo que también tuviste dificultades en el Colegio Whooton y en Elkton Hills.

Eso no lo dijo sólo con sarcasmo, sino también con bastante mala intención.

—En Elkton Hills no tuve muchas dificultades —le dije—. No me suspendieron ni nada de eso. Me fui yo... más o menos.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Por qué? Verá. Es una historia muy larga de contar. Quiero decir que es bastante complicada.

No tenía ganas de contarle toda la historia. De todos modos no lo habría entendido. No encajaba con su mentalidad. Una de las razones por las que había dejado Elkton Hills fue porque allí estaba rodeado de tíos falsísimos. Eso es todo. Los había a patadas. Por ejemplo, el director, el señor Haas, era el desgraciado más falso que he conocido en toda mi vida. Diez veces peor que Thurmer. Los domingos, por ejemplo, Haas se dedicaba a dar la mano a todos los padres que venían al colegio. Simpatiquísimo y todo eso. Menos si un chico tenía unos padres con pinta un poco rara. Deberían haber visto cómo trataba a los padres de mi compañero de habitación.

Quiero decir que si la madre de un chico era como gorda, o como hortera, o algo así, o si su padre era uno de esos tíos que llevan un traje de esos con muchas hombreras y unos zapatos horteras blancos y negros, Haas sólo les daba la mano y les echaba una sonrisita falsa y se iba a hablar como *media* hora con los padres de otro chico. No aguanto ese tipo de cosas. Me sacan de quicio. Me deprimen tanto que me sacan de quicio. Odiaba ese maldito Elkton Hills.

En ese momento Spencer me preguntó algo, pero no le oí. Estaba pensando en Haas.

—¿Qué? —le dije.

—¿No tienes remordimientos por tener que dejar Pencey?

—Sí, claro que tengo remordimientos. Claro que sí... pero no muchos. Por lo menos todavía no. Creo que aún no lo he asimilado. Tardo un poco en asimilar las cosas. Por ahora sólo pienso en que me voy a casa el miércoles. Soy un cretino.

—¿No te preocupa en absoluto tu futuro, muchacho?

—Oh, claro que me preocupa mi futuro. Claro. Claro que sí. —Lo pensé un momento—. Pero no mucho, supongo. No demasiado, supongo.

—Te preocupará —dijo Spencer—. Te preocupará, muchacho. Te preocupará cuando sea demasiado tarde.

No me gustó oírle decir eso. Sonaba como si me hubiera muerto o algo así. Era muy deprimente.

—Supongo que sí —dije.

—Me gustaría imbuir un poco de juicio en esa cabeza, muchacho. Estoy tratando de ayudarte. Estoy tratando de ayudarte, si es que puedo.

Y era verdad. Se le notaba. Lo que pasaba es que estábamos en campos opuestos. Eso es todo.

—Ya lo sé, señor —le dije—. Muchas gracias. En serio, se lo agradezco. De verdad.

Entonces me levanté de la cama. Jo, no habría aguantado allí diez minutos más ni aunque me hubiera ido la vida en ello.

—Lo malo es que ahora tengo que irme. Tengo mi equipo en el gimnasio y tengo que ir a recogerlo para llevarmelo a casa. De verdad.

Me miró y empezó a asentir otra vez con la cabeza con una cara muy seria. De pronto me dio muchísima pena, pero no podía quedarme más rato por eso de que estábamos en campos opuestos, y porque fallaba cada vez que echaba una cosa sobre la cama, y porque llevaba ese albornoz tan viejo que le dejaba al descubierto todo el pecho, y por ese olor griposo a gotas nasales Vicks que había en toda la habitación.

—Verá, señor, no se preocupe por mí —dije—. De verdad. Me irá bien. Es sólo que estoy pasando una mala racha. Todos tenemos nuestras malas rachas y eso, ¿no?

—No sé, muchacho. No sé.

Me revienta que alguien diga cosas así.

—Seguro. Seguro que sí —dije—. De verdad, señor. Por favor, no se preocupe por mí.

Le puse la mano en el hombro.

—¿De acuerdo? —le dije.

—¿No quieres tomar un chocolate caliente antes de irte? La señora Spencer estará...

—Me gustaría. Me gustaría mucho, pero lo que pasa es que tengo que irme. Tengo que ir al gimnasio. Pero gracias. Muchas gracias, señor.

Luego nos dimos la mano y todo ese rollo. Pero me hizo sentirme más triste que un demonio.

—Le escribiré unas líneas, señor. Y que se mejore de la gripe.

—Adiós, muchacho.

Cuando ya había cerrado la puerta y volvía hacia el salón me gritó algo, pero no le oí muy bien. Estoy casi seguro de que me gritó «¡Buena suerte!». Espero que no. Dios quiera que no. Yo nunca le gritaría a nadie «buena suerte». Si lo piensas bien, suena horrible.